

PARTIDAS AJENAS

Andrés Felipe Torres Villegas



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Partidas Ajenas

Andrés Felipe Torres Villegas

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2012

Partidas Ajenas

Andrés Felipe Torres Villegas

Novela presentada como requisito para optar al título de:

Magíster en Escrituras Creativas

Director:

Jaime Echeverri

Línea de Investigación:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2012

A Natalia

Agradecimientos

A mis padres, Beatriz y Saúl, por sus presencias y por sus ausencias.

A la familia Moreno Castro, siempre prestos a brindarme apoyo.

A todos aquellos cuya historia me motivó a escribir alguna de estas líneas.

Resumen

Johan es un joven arquitecto que regresa a Bogotá tras cinco años de trabajar y de vivir en Brasil. Se había ido pocos días después de que su padre muriera en un aparente accidente de tránsito. Ahora desea recuperar lo que fue su vida, pero a la ausencia del padre se le suma la de la hermana y la de la madre que se han mudado a otro país. Johan encuentra abandonada a su destino la que fue su casa y se enfrenta con el dilema de exhumar el cadáver de su padre para enterrarlo en el lejano pueblo donde nació. A su objetivo se opone la realidad, según la cual el lugar no existe. Johan tendrá que enfrentar el duelo aplazado y encontrarse con verdades incómodas a través de pistas que el tiempo no ha logrado borrar.

Palabras clave: Ajedrez. Miguel Najdorf. Duelo. Pedro Páramo. Muerte.

Abstract

Johan is a youth architect returning to Bogota after five years living and working in Brazil. He had fled some days after his father died in an apparent traffic accident. Now, he plans to recover his life, but not only his father is absent but also his mother and his sister, who have moved to other country. Johan finds abandoned the house where he used to live and faces the dilemma if he should exhume the corpse of his father and move it to the place where his father was born. But to this goal, the reality is opposed because the far town could be no exist. Johan should face the postponed grief and find himself with uncomfortable truths through clues that time has no erased.

Keywords: Chess. Miguel Najdorf. Grief. Pedro Paramo. Death.

Contenido

[Pág.](#)

Resumen.....	6
Introducción	8
1	15
2	21
3	24
4	27
5	30
6	33
7	36
8	39
9	43
10	47
11	52
12	56
13	60
14	66
15	73
16	77
17	80
18	88
19	96
20	99
21	102
22	104
23	107
24	109

Introducción

La obsesión que para los niños tiene jugar a no pisar la raya o las sombras; o de adolescentes mirar la placa de los carros o el reloj para saber si alguien los está pensando, para mí fueron los cementerios. Y luego la muerte.

En el pueblo donde nací existía un "cementerio viejo" que siempre fue viejo para mí porque el primer recuerdo que tengo del lugar era de sus muros en bareque a medio caer. Con fosas abiertas y cráneos a la vista. Cerrado sin mucha intención de que la gente no pasara, enquistado en la mitad de un barrio y en la mente de quienes éramos niños en ese tiempo. El cementerio viejo, más allá de un lugar real, físico, era una leyenda popular. Se suponía que allí iban los satánicos del pueblo a chupar huesos y que en la calle donde aún está ubicado, ahora como parque, las ánimas tenían que caminar más frecuentemente. Y yo me imaginaba que para los vecinos "vivientes" del barrio no era muy cómodo hacer sus vidas entre los muertos.

Ese es un pueblo conservador a ultranza donde las creencias religiosas han dado origen a miles de mitos que por lo general orbitan en torno la muerte: las ánimas son residentes constantes y si uno no las ha visto no significa que no las vaya a ver. Ellas eran nuestro "coco" o el "ropavejero" con que nos asustaban de niños si no tomábamos la sopa. La peor situación que podía ocurrirnos era encontrarnos, frente a frente, con un ánima. Belarmina, una trabajadora de siempre en la finca donde viví mi infancia, fue mi tutora en cuestiones animísticas. Ella me contó que cuando uno se encuentra una ánima es porque el finado está buscando su descanso

en paz y que es muy posible que en ese lugar repose un tesoro, una pertenencia del muerto o un asunto por resolverle. Los trabajadores hablaban de las ánimas con la misma seguridad con que se habla de los vivos. Si estaban ocupados descargando las cantinas de leche, ni siquiera se persignaban cuando se referían a ellas. Mi papá decía que eran bobadas de la gente. Mi mamá no dudaba.

Después vino el encuentro con mi primer muerto. Para ese tiempo no pensaba tanto en historias de ánimas como de amores. Ya no vivía en el pueblo sino en Medellín, en unos días donde los homicidios eran paisaje. Creo que se llamaba Juan Pablo: se pasó hasta muy tarde de la noche hablando con una muchacha del barrio en el andén de mi casa y solo se fue cuando logró ganarse un beso. Yo los escuchaba envidioso. Tomó su moto feliz, dichoso por la conquista, y se fue tras una estela de humo y ruido. Al otro día mi mamá me mandó a la tienda a comprar huevos y cuando salí vi que le dispararon a un muchacho de una moto. Me acerqué, con los huevos rotos y tembloroso. Era él mismo de la noche anterior: esa ánima iba a quedarse siempre en mi calle, a la conquista de un amor.

También llegaron las tragedias familiares. Tres en menos de dos años. A mi tío favorito lo mataron en el Ejército y desde su muerte hasta hoy siempre me he preguntado dónde andará su ánima; y aunque no sé rezar mucho, siempre pido que vaya junto a mí.

¿Y qué pasaría si a un hombre que está leyendo un libro cae un rayo y lo mata? El mejor homenaje que puede hacerse a ese ánima es terminar de contarle la historia.

Así nació esta novela que ahora presento como proyecto final de la maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia.

La historia la recreé a partir de un muchacho que tras la muerte de su padre hace un inventario de las pertenencias heredadas. Daba muchas vueltas y pasaba por muchos objetos hasta enterarse que al momento de la muerte el padre estaba leyendo el libro Pedro Páramo. En el final de esa primera versión, el muchacho iba al cementerio a leer en voz alta la historia completa. En ese punto estaba cuando ingresé a la maestría.

Con las clases y propuestas de los asesores con quienes trabajé durante estos dos años empecé a explorar las variantes que la anécdota me ofrecía. Pronto entendí que iba por un camino trasnochado al tratar de ubicar la historia en un pueblo como el mío, con la forma de hablar de su gente, con las mismas creencias de ellos. Sentí que estas vidas y muertes que quería contar debían estar en un lugar diferente, en una época más contemporánea. La idea inicial de lo que sería mi novela pasó a ser apenas el comienzo de esta.

Desde el principio definí el ajedrez como un objeto importante en la historia, un hilo conductor, un tablero escenográfico. Primero lo tuve como un pasatiempo del personaje, luego quise hacer una analogía entre los momentos propios del ajedrez -apertura, medio juego y final- aplicados a la novela. Al comienzo del segundo año de la maestría, el profesor Jaime Echeverri me propuso tomar una partida en específico, históricamente significativa, y basarme en ella para la narración.

Después de estudiar algunas encontré la que jugaron Robert Fischer y Miguel

Najdorf, en el año de 1962, durante la olimpiada de Varna. Un estadounidense antisemita y un judío fugado de su suerte, enfrentados durante la guerra fría en Bulgaria, al otro lado de la cortina de hierro. Este juego no solo me sirvió como plataforma narrativa sino que además me llevó a redescubrir la fascinante historia de Najdorf, a quien decidí adjudicarle un rol determinante en la novela.

La historia que aquí presento tiene 24 capítulos, cada uno de ellos representado por un movimiento del blanco y un movimiento del negro en la partida Fischer-Najdorf. Cuando en la jugada hay captura de alguna pieza, el narrador habla en primera persona; cuando no, el narrador es en tercera persona. La intención de cada capítulo es poseer por lo menos una referencia simbólica al desarrollo de la jugada en que se cuenta. El reto, sin embargo, es que la historia pueda ser leída y entendida no solo por los iniciados en el juego ciencia sino por aquellos que poco o nada saben de ajedrez.

El título pensado para la historia fue Lecturas Ajenas, inicialmente. En la idea original, el protagonista leía los libros que a su juicio eran los más importantes para su padre. Con la emancipación del ajedrez en la historia, me definí por Partidas Ajenas, ya que considero abarca más sentidos. Las partidas se pueden referir no solo a los juegos de ajedrez sino también a los viajes que hacen los protagonistas; y no solo a viajes geográficos sino también simbólicos, como leer un libro o tratar de entender las razones de otra persona. Y aunque en la novela hablo del trasegar, geográfico y mental, de un joven de unos 28 años, el personaje siente que parte de esos caminos los recorre obligado. Siente que va por senderos ajenos.

A partir del título también decidí que la partida descrita en la novela no podía ser alguna adjudicada a los protagonistas.

Este no es un relato autobiográfico, ni un testimonio psicológico. Aunque no deja de tener guiños con situaciones que me han pasado, lugares que he visitado y que me han impactado; momentos que han marcado mi vida. Y aunque mis vivencias sean materia prima para lo aquí escrito, este muchacho no es Andrés Felipe; ese padre, no es mi padre.

En el ajedrez estuvo la mayor parte de la investigación de la novela. Yo sabía de Najdorf que era judío, que fue a jugar un torneo a Argentina y que se quedó varado allí tras la toma de Polonia por parte de los nazis. Más nada. Busqué entrevistas, reportajes y al final di con la biografía que le escribió su hija Liliana. De Fischer sabía aún menos. Al leer un ensayo del campeón mundial Garry Kasparov entendí la importancia que el estadounidense tuvo en la historia del juego ciencia. También encontré a un personaje que creo haber visto alguna vez en el tiempo en que fui jugador aficionado: Otto de Greiff, un señor que desde el primer momento tuve como sinónimo de maestro. Don Otto escribía columnas de prensa con cuentos cortos a partir de alguna posición en un juego de ajedrez. Yo quise contar una novela basado en una partida.

El mayor reto del proyecto ha sido la escritura misma. Aprender a usar el lenguaje, potenciarlo para narrar la historia, para encontrar el estilo propio de la novela y que este sea un todo con las partes que la componen. Que esté tan bien contada, como diría Juan Rulfo, que el lector sienta que no existía mejor forma de contarla.

Para intentarlo, mi primera tarea fue tratar de desmarcarme de las formas del periodismo y de los vicios de escritura que se adquieren con su práctica. El detector de mierda del que hablaba Ernest Hemingway se supone que en mi caso debía trabajar en función de identificar esos lugares comunes y formas preconcebidas con las cuales se trabaja en el oficio diario de periodista.

La apuesta por la novedad, por una historia diferente, contada desde una nueva perspectiva, creo, es la mayor deuda que aqueja el proyecto. Tener la capacidad de no cometer errores similares será el reto de los nuevos proyectos tras la maestría.

Partidas ajenas está influenciado, explícitamente, por Pedro Páramo y su Comala, un pueblo de ánimas; se citan apartes y se vuelve sobre algunos parajes de la novela de Juan Rulfo. El libro de Héctor Abad Faciolince, El olvido que seremos, también fue revisado. La relación entre padre e hijo que cuenta Abad Faciolince fue un espejo de lo que yo quería y, por lo general, de lo que no quería reflejar de la historia entre Johan, mi protagonista, y Ernesto, su padre.

En estos dos años mi autor preferido ha sido el japonés Haruki Murakami. En un principio tuve ciertos guiños que me llevaron a querer intentar su estilo, en una revisión posterior traté de borrar esas huellas. De seguro, muchas pasaron desapercibidas.

En el segundo semestre me encontré con William Shakespeare gracias a la materia electiva que se ofrecía. Me conseguí prestada la edición completa de la editorial Aguilar y me leí no solo las obras propuestas en clase sino todas aquellas que el

tiempo me permitió antes de tener que devolver el ejemplar. Por esa época estaba escribiendo la parte final de mi novela y no en vano son los capítulos donde abunda el diálogo. Esas huellas no las quise borrar; en revisiones posteriores trate de mejorarlas tanto como pude. Si se logró o no la tarea, será calificación del lector.

Otro autor de los que han pasado estos años y que sería injusto no regalarle un párrafo aparte es el peruano Mario Vargas Llosa, ganador del premio Nobel de Literatura meses antes de que empezara la maestría: a él más que agradecerle sus libros, debo reconocerle el poder persuasivo que tienen sus lecciones sobre el oficio. Cartas a un joven novelista tuvo una gran influencia en mi forma de escritura. Su ensayo sobre la obra de Juan Carlos Onetti, más la oportunidad de un viaje al Uruguay, me llevaron a descubrir a este otro autor.

Onetti, aunque aún no he hecho una lectura juiciosa de sus obras, también tiene su parte en mi historia. Villa Hortiga, más que el Comala de Rulfo, fue imaginado gracias al Santa María donde Brausen era el fundador porque él era quien lo soñaba.

Por último, mi venia a Gabriel García Márquez y a Ernest Hemingway. Fueron los primeros grandes autores que leí, a juicio de mi papá que vivía preocupado por que no leía filosofía de la línea dura. El viejo y el mar y Por quien doblan las campanas eran menos malas, a su juicio, que las “novelitas” que me pasaba el día leyendo. Cuando tenía ocho años, mi papá quería que leyera Sidharta, de Herman Hesse. Como me aburrí, me lo cambió por Cien Años de Soledad. Extrañamente, en ese momento creí entender lo que quería hacer en mi vida: contar historias.

1

P4R - P4AD

Regresa.

Trae los ojos irritados a falta de un sueño reparador. A falta de un descanso sin pesadillas, sin sobresaltos, sin que tenga que buscar lo que aún no sabe que busca. Cada noche se despertaba agobiado por fantasmas ajenos a esa ciudad perdida donde trabajaba. O donde se escondía, como solía decir. La ansiedad de tomar una decisión contribuía a su insomnio.

Ahora vuelve. No está convencido pero vuelve. Y siente que hace el viaje de regreso de una vida que no es la suya. Su compañero en la silla del avión le pregunta si se encuentra bien y Johan asiente con la cabeza.

Mientras la tripulación da instrucciones para el aterrizaje, él observa desde lo alto las luces de las calles bogotanas, alineadas desde los cerros al oriente de la ciudad; ese orden irregular y caprichoso, sus rupturas, sus giros, su acoplamiento al terreno, se le antoja al de un cementerio. Cuando llegaba a visitar la tumba de su padre solía mirar desde lo alto de una colina buscando entre los cientos de lozas la de Ernesto Victoria López. Después de cinco años el pasto debería estar crecido en ese sepulcro, las letras góticas con el nombre, borradas; el mármol, ópaco.

El aeropuerto está abarrotado con filas de viajeros que se mueven en diferentes direcciones. Es un cruce de caminos que junto con el frío despiertan sus recuerdos,

los convierten en un río caudaloso que se mueve por esas hileras de luces que vio desde lo alto; y, nuevamente, está pensando en la tarde de ese martes. En su memoria ve a muchas personas vestidas de negro, casi todas desconocidas, con sombrillas que no logra establecer si eran para protegerse de la lluvia o del sol. Elena estaba inconsolable y él sordo. Sordo por completo porque había decidido no escuchar, aturdido por su orfandad. Su doble orfandad.

Fue reconfortante en el funeral cerrar los oídos como si se cerraran los ojos; le hacía sentir que eso que pasaba ante él no era real. Algunos tenían muecas de llanto, el sacerdote movía los labios y echaba bendiciones, un grupo de mujeres rezaba el rosario, los sepultureros arrojaban tierra sobre el ataúd; pero hasta él no llegaba sonido alguno. Como si el muerto fuera él, no escuchó. Por eso su recuerdo es impreciso. Había mucha gente: es casi todo lo que hoy puede asegurar.

Tras el entierro confluyeron los tres, Elena y sus dos hijos, frente a la puerta del estudio en la casa. Por el resquicio se cuele el reflejo de una bombilla que Ernesto olvidó apagar. Johan, decidido a volver a escuchar, cree que deben entrar aunque no se atreve a tocar el picaporte. Adriana, la hermana, opina que será mejor dejar esa puerta cerrada. Las lágrimas se las gastaron en el funeral, así que ahora apenas algún sollozo interrumpe la contemplación. Miran la puerta, la puerta y nada más. Pasa el tiempo. *Ahí no hay nada*, dijo Elena, *vámonos a dormir*. Ninguno se mueve, la puerta parece ser un imán que se niega a soltarlos. Después de un corto abrazo a sus hijos, ella se va en busca de un té que dice necesitar. Johan y Adriana se despiden; ella va a su habitación, él baja a la cocina con su madre por un café.

—Tu papá me llamó al hospital— le dijo Elena apenas lo vio. —No pude contestarle porque estaba con una paciente.

Ese día no durmieron por más cansados que estaban de atender las condolencias, organizar el funeral, hablar con la Policía, recibir llamadas de los profesores amigos, de los familiares lejanos; aunque la noche era muy fría, Johan se sentó en el patio a mirar el reflejo de la luz prendida en el estudio:

Si esa puerta se abriera concluiría el último acto de magia que papá hizo en vida; se fugaría su último signo de existencia, como un fantasma que se disipa. Sentiríamos borrar su huella en la playa donde caminó sus últimos pasos. Tal vez al abrir la puerta encontremos un detalle revelador, un involuntario canto de cisne; tal vez un libro abierto nos señale su última lectura, o una carta sin enviar repose sobre el escritorio.

Miles de imágenes volaban por su cabeza:

En el estudio hay cientos de arrumes de libros y papeles y un imponente escritorio hace las veces de despacho, pero en realidad delimita una cueva donde papá gustaba refugiarse. Y ahora su presencia desdoblada está allá, iluminada por la luz de una bombilla; también está nuestra presencia en un retrato, el único que hay en el escritorio, y donde la familia posa sonriente arropada por el paisaje frío de un páramo en segundo plano. Y está Najdorf y está Villa Hortiga y todo el universo imaginario de papá, porque ese universo y él eran uno solo.

Mientras mira desde el patio hacia el estudio, Johan quisiera estar allá adentro y ser parte de la realidad paralela que hay entre esa ventana y la puerta.

Tal vez no sea así como yo digo, pero me aferro a pensar que cuando uno se muere el alma se refugia en el lugar que se le hace más familiar; me aferro a pensar que el alma existe y que la de papá corrió al estudio cuando se incendió el carro.

Ahora a su regreso de Brasil, Johan siente que es muy posible que no haya nada en el estudio. Como dijo en alguna ocasión su madre, lo importante no es lo que Ernesto dejó allí sino lo que para ellos significa; sería mucho más descorazonador abrir la puerta tras tanto tiempo y no reconocer esa última morada imaginaria; ellos quieren que Ernesto esté en ese estudio, saludar a la puerta como si lo saludaran a él, hablarle a las paredes como si le hablaran a él, sentarse en el patio mirando hacia la ventana como mirándolo a él. *Papá cerró la puerta y nosotros le dimos vida a ese universo paralelo.* Johan agarra sus maletas. El frío de la noche lo recibe.

La última semana en Brasil había encontrado en internet una entrevista a Liliana, una de las hijas de Miguel Najdorf. Contaba que las últimas palabras de su padre fueron para ella y su hermana: les mandaba a decir que donde estuviera él iba a cuidarlas. Su ánimo iba a ser un ángel guardian.

Najdorf era el dueño de una historia que a Ernesto le gustaba contar. El ajedrecista judío viajó a jugar un torneo en Argentina y en su ausencia los nazis se tomaron Polonia y arrestaron a toda su familia. Él tuvo que instalarse en Buenos Aires, tras

esa despiada jugada del destino. Como todo hombre llevado al extremo, trató de inventarse algo para enviarle un mensaje a los suyos. Najdorf jugaba ajedrez sin necesidad de mirar el tablero, solo con escuchar las coordenadas del movimiento de su oponente hacia los cálculos en su cabeza; así enfrentó, a la misma vez, a 45 jugadores y le ganó a 39, empató con cuatro y perdió contra dos. P4R y él respondía con P4AD. C3AR - P3D. Tras la hazaña, la imagen de Najdorf se hizo famosa en el mundo y posiblemente haya llegado hasta los campos de concentración. El ahora polacoargentino no pudo dormir durante tres días después del gran esfuerzo que hizo durante la simultánea.

A fuerza de tanto recordar a Najdorf cuando hablaba de Ernesto, Johan empezó a relacionar las dos figuras; ambos tenían las mismas formas físicas en su imaginación. En Brasil, Johan no solo veía a su padre en todos los lugares: también veía a Najdorf. Que Ernesto a través de Liliana Najdorf le mandara a decir que donde quiera que estuviera iba a cuidar de él, fue determinante para volver.

No saber las razones de la muerte de Ernesto había impedido a Johan, a su madre y a su hermana, superar el duelo. Les contaron que lo habían encontrado en un callejón, lejos de casa; los pocos testigos dijeron a la Policía que no había sido posible romper los vidrios antiatraco de la camioneta para auxiliarlo y que el incendio consumió el carro en minutos; además, que se temía que las llamas alcanzaran una casa vecina. Ni una tilde más del hecho y ni una tilde más desde entonces.

A los días del entierro, de la Fiscalía llegó una caja con las pocas cosas rescatadas: el extintor, el libro Pedro Páramo a medio quemar, un machete, media caja de herramientas y un reloj que no funcionaba. Entre las páginas del libro, un papelito fosforescente donde decía *Aquí voy*, con la caligrafía de Ernesto: *“Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada...”*

2

C3AR - P3D

Decidió ir a su casa. Sin buscar a nadie, sin avisar que estaba de regreso. Tampoco tenía muchas opciones a donde ir. Cruzó la oficina de Inmigración, un sello más: el de regreso junto al de salida. Los dos registros se le antojaban el dibujo en tinta azul de una ausencia, de un destierro voluntario prolongado por la esperanza de elaborar un duelo. Volvía con casi la misma maleta que se había ido y cuando el dolor por la muerte de su padre había mutado en una obsesión por cumplirle un último deseo: ser enterrado en la misma tierra donde nació. Más que un descanso para el muerto, lo sería para él.

Tomó un taxi y se saltó los recuerdos que las calles le traían. Un ambiente festivo envolvía la ciudad. Su único deseo era llegar a la que fue su casa y que ahora estaría abandonada, llevada a su suerte. A lo mejor, tomada por otros habitantes.

Más que una casa es un caserón de dos plantas que bajo la penumbra parece mucho más vieja; el otrora blanco hueso de las paredes es un ocre irregular que dibuja toda una escalera de tonos degradándose hacia arriba. El patio del fondo carga con la vegetación de una selva mientras que la hierba y los papeles viejos de publicidad se disputan la superficie del antejardín. La fachada está quebrada, las puertas descoloridas por la humedad. Junto a un bajante roto, restos de un vidrio quebrado.

Y su llave aún servía. Por un momento se sintió como un ladrón de lo que le pertenecía. Las cosas parecían no haberse movido de su lugar. Había un vaso sucio que Adriana habría dejado allí, la mesa cubierta de polvo, la cocina de siempre y todo lo de siempre; aunque abandonado. Pegado a la nevera aún reposa una hoja imantada que hacía las veces de tablero y donde en otro tiempo se escribían recordatorios de todo tipo.

De entre todas las cosas que Johan podía hacer al tomar posesión de su casa esa noche, escogió la de sentarse al frente de la puerta del estudio a tomarse una botella de cachaza. No había jugo para convertirla en *caipirinha*. Buscó una silla, un vaso; no había energía eléctrica como tampoco debería haber agua. Encontró una vela y la encendió; se sentó frente a la puerta para ver a su papá salir en la tarde de un lunes y dejar una luz prendida. Adentro, los habitantes de ese mundo paralelo encerrados para siempre.

El licor no era lo suyo. Se preguntó si alguien, algún ladrón o un invasor, habría entrado al estudio sin que ellos se enteraran y habría roto el hechizo que su padre le había impuesto al lugar al dejarlo cerrado pocas horas antes de morir. Era extraño que no hubieran saqueado la casa si se decía que en esa Bogotá se robaban hasta los pensamientos. No, no era posible. Cualquiera persona que hubiese entrado se encontraría primero con otras cosas más interesantes: el televisor, el aparato que leía discos de dvd y casetes de vhs; estaba la licuadora, los electrodomésticos de la cocina ¿porqué entrar a un cuarto en el segundo piso si en el primero había de todo?

Estaba cansado del viaje. El día lo había pasado esperando en aeropuertos, poco había comido. No tardo en dormirse en el corredor, abrazado a la botella casi llena y por primera vez en muchos meses no soñó nada. Los fantasmas que lo atormentaban estaban al otro lado del muro, pero no soñó nada. O no recuerda haber soñado.

En la madrugada lo despertó el frío, ese frío de la ciudad al que tanto le temía. Se tomó un trago que por poco lo hace vomitar. Ya no se sentía naturalmente diseñado para ese clima poco misericordioso. Pero más que el frío, su incomodidad se despertó cuando no tuvo como prepararse un café.

—Esta casa sin un tinto, ¡quién iba a creer!

Y si de puertas para adentro no muchas cosas habían cambiado, en el barrio menos. La tienda era la misma, la señora que la atiende la misma; el celador de la caseta y su perro, como si nunca se hubiesen movido. Los vagos en la esquina de la avenida, promesas del fútbol perdidas a cambio de prometedores alcohólicos.

Hacia muchos años que ese había dejado de ser un barrio de gente adinerada para ser un barrio más, solo que quedaba al Norte, o sea, del lado de los ricos.

Johan creía que le sería fácil acomodarse a vivir de nuevo en su casa.

3

P4D - PXP

Muchas veces me senté a escribir la historia de papá. A él le encantaba hablar de la muerte y a mí eso me despertaba como una especie de admiración y de miedo; decía que pensaba en ella todo el tiempo. Las novelas o las películas que terminaban con el protagonista metido en un ataúd y con tiquete para el otro mundo eran sus preferidas. Aunque lo abrumaban con una melancolía que, parecía, iba a reventarle el pecho.

Él decía que la historia del hombre en el mundo era finita; que se aprende a caminar para morir y que alguna vez este planeta iba seguir sin nosotros. Tal cual era antes de la historia de la humanidad. Sin nuestros edificios o carros lujosos, con todos los televisores del mundo apagados y con una nueva especie dominante. Sin nuestros odios y sin nuestras mezquindades. *Sin todas estas pendejadas, muchacho.* Saber que un día no íbamos a estar, nadie iba a estar, según él, tendría que hacernos más humildes.

Un día libre yo podía sentarme frente a la computadora dispuesto a escribir cien páginas en una sola sentada y contar su historia. Y a él iba a gustarle, al fin y al cabo, se muere al final. O en realidad, ¿se muere al principio? Por preguntas como esta desistí de escribir. Tampoco escribí porque mi cabeza funciona con redundancia cíclica, o sea, cuando se me ocurre una idea tengo que replicarla de alguna forma; es como una catedral, por dentro está llena de arcos, arcos de todos los tamaños, unidos y sostenidos por columnas. Una catedral podría dividirse en

sus arcos y no sobraría nada. Cuando a mi se me ocurre una idea-arco tengo que repetirla, pero las repeticiones no son muy literarias.

En esa historia no escrita decía que en el pueblo de papá la muerte era un habitante más, al igual que el carnicero y el cura. Que papá amaba su pueblo y que aunque yo nunca lo había visitado, conocía las calles de Villa Hortiga tanto como las de mi barrio. En ese pueblo perdido en una montaña debía estar su alma y alla vivían sus sueños. *Siempre vivió ella suspirando por Comala, por el retorno; pero jamás volvió. Ahora yo vengo en su lugar.* Papá subrayó esta premonitoria frase en Pedro Páramo.

Papá conocía muchas historias de muertes trágicas. A mi me gustaba escucharlas por que a lo mejor yo tengo la misma vocación por la muerte. En Brasil manejaba una moto y siempre que me encontraba en riesgo mi cerebro desarrollaba toda una situación de espanto donde yo terminaba agonizante en el piso. Antes de morirme era consciente de que me iba a morir. No era una muerte fulminante. Eso es lo más difícil, decía papá: ese último segundo, cuando todo es irreversible, y uno sabe que se va a morir y hay un túnel con una luz al final y se ve toda la vida pasar en ese instante. Papá hablaba de la muerte como si hubiese muerto muchas veces.

Enlazando muertes yo podría contar las principales historias de papá y casi que de mi familia. La primera vez que pensé en lo que significa morir, morir de verdad y no como en las películas, fue un domingo que vimos un accidente de tránsito.

Papá dijo que no le gustaban los accidentes porque una vez había visto morir a un muchacho en un choque. Se llamaba Adrián y papá lo acompañó mientras

agonizaba en la mitad de una carretera, en una montaña de las que rodean a Medellín. El muchacho había quedado atrapado en medio de los hierros. La gente empezó a buscar la forma de liberarlo, mientras papá le hablaba. Tan pronto lo pudieron sacar del carro lo acostaron sobre el pavimento y aunque papá le gritaba para que no se quedara dormido, Adrián le pidió que lo acompañara en el rezo de un Padre Nuestro. Murió antes de terminar la oración, tomado de la mano de un desconocido: la madre de Adrián no alcanzó a llegar. Tampoco los rescatistas. Papá se quedó con todas las últimas palabras y quejidos del muchacho; con él, también se debió morir un poco de mi padre. Como un último homenaje, papá prometió que si algún día tendría un hijo iba a llamarse Adrián.

4

CXP - C3AR

El día que escuché la historia de Adrián quedé tan impactado como pudo haber estado papá después del accidente. Hasta ese momento yo nunca había ido a un funeral ni había visto a un muerto más que en la televisión. Recuerdo que pensé en lo doloroso que sería irse para siempre, para un lugar desconocido y lejos de papá. Y lejos de mamá y de todos. La muerte, al fin y al cabo, era real.

Adriana cuándo escuchó la historia entendió la razón de su nombre. Pero si yo soy el mayor, ¿porque me llamo Johan y no Adrián? No es que envidiara el nombre, pero la curiosidad pregunta. Papá me dijo que luego me lo explicaría y se inventó alguna cosa que tenía que hacer para evitar la conversación. Yo tenía trece años y era muy fácil embolatarme con las palabras.

A los días cuando llegué del colegio papá me llamó al estudio, que para hablarme de algo importante. Cerró la puerta con llave, aunque eso estaba casi prohibido en la casa. Sin mirarme a la cara empezó a decir que yo no era hijo suyo, ni mamá era mi mamá, ni nadie era nadie. Yo había sido adoptado recién nacido y empezó a contarme una historia de la que muy pocas cosas logré entender. Y muchas menos creí. Mi cabeza estaba en otra casa, imaginándome la vida que no había vivido y a mi verdadero padre y a mi verdadera madre haciendo sus oficios para luego revisarme las tareas del colegio. Me alcancé a preguntar cómo sería esa vida mientras las palabras de Ernesto, ese Ernesto que para el momento no era mi padre, me tocaban sin mojarme. Esa fue la primera vez que sentí podía morirme

por ahogamiento voluntario. Dijo que yo había sido llevado a la Cruz Roja después de ser abandonado en una caja de cartón y que estaba a punto de morir de frío. Dijo que mamá fue quien me recibió y me brindó todo lo necesario para superar una posible hipotermia. Junto conmigo, en la caja había un papelito que solo decía: se llama Johan. La verdad, tampoco me gusta este nombre, pero es lo único que me conecta con mis verdaderos padres.

Ernesto quería que después de esa conversación la vida siguiera como si nada. Así sin más. Como si no importara si esos padres naturales estaban muertos, o me buscaban desesperados, saltando de oficina en oficina, tratando de dar con alguna pista sobre mi paradero. Me parecieron egoistas sus palabras, al fin y al cabo era yo el que se llevaba el baldado de agua fría y era él quien decidía que todo tenía que seguir igual. Hice muchas conjeturas, tuve muchas intrigas tras esa tarde.

La otra parte de la historia me la contó mamá, que entonces tampoco era mi mamá, algunos días después cuando la marea había bajado y cuando yo estaba empezando a asimilar que esa que tenía en frente era la vida que me había tocado vivir. Me gustara o no.

Después de llegar al hospital y tras la intervención de mi nueva mamá estuve por casi un año en un hogar de paso mientras se solucionaban todos los requerimientos para la adopción legal. Papá y mamá se tuvieron que casar, tuvieron que llenar miles de formularios, llamar a centenares de oficinas y perseguir a cuanto funcionario fuese necesario para lograr mi custodia. Tejieron en documentos mi cordón umbilical.

De nada valió lamentarme por lo que podría haber sido, así siempre me imaginara que de estar con mis padres naturales toda mi existencia hubiese sido perfecta. Tras la noticia, a la casa empezó a ir un sicólogo a jugar ajedrez con papá y conmigo.

—Ellos te abandonaron, no nosotros— me dijo mamá una vez que me enfurecí y los maldije por no ser mi verdadera familia. —Agradece, carajito.

Adriana, a quien siempre llamamos Nana, también supo la historia y le quedó prohibido hacer alguna distinción o tomarse licencia alguna basada en que ella si era hija legítima. Las pocas personas que sabían de mi verdadero parecía que no les importara. Después de superada la crisis se me olvidó y nunca hubo alguien que me lo recordara. Papá volvió a ser el papá de siempre y mamá, la mama de siempre. Eran ellos los que estaban. Punto. Así aprendí a vivir con eso: al igual que Najdorf yo tenía una familia perdida, solo que yo no la conocía. Y tenía muy pocas opciones de llegarla a conocer.

5

C3AD - P3TD

En la mañana revisó la casa. El tejado tenía algunos rotos. La fachada, manchas de humedad. Algunos escalones averiados, baldosines partidos y el polvo que dominaba todo. Un inventario de vidrios por cambiar. Johan, sin ser muy diestro en limpiar, hizo lo que estaba a su alcance. Con un par de días de trabajo podría restaurar los detalles más apremiantes; y llamaría a las empresas de energía y acueducto para que reconectaran los servicios. No había decidido dónde establecerse y Bogotá era una de las mejores alternativas. A Brasil no pensaba volver. A lo mejor, podría llamar a algunos conocidos, ir a la Universidad, vincularse con algún proyecto. No tenía contacto con sus compañeros de estudio pero de pronto algún amigo de su padre le ayudaría.

También podría llamar a doña Lucía, una señora que gozaba de la confianza de la familia, para que limpiara la casa. Fugaces escenas se le cruzaron; escuchó palabras olvidadas, sintió las risas de todos vagar por los corredores; recordó a alguna de sus exnovias. Si tuviese el número de teléfono la llamaría.

Almorzó en un restaurante cercano donde aprovechó para hojear el periódico. Le pareció que nada se había movido y todo era diferente: un nuevo Presidente, la misma guerrilla, análisis económicos parcializados y una sesión deportiva escrita en un idioma que él no entendía. Compró velas para la noche y un botellón de agua; no sería necesario un frasco de café instantáneo porque igual no tenía forma de prepararlo. Reconexión de gas: lo apuntó en una esquina del periódico para no

olvidarlo. Acaso medio millón de pesos adeudaba por las facturas vencidas; o más, mucho más. En la Colombia de esos días nada era seguro, y menos con las tarifas de los servicios públicos. Se le hizo desgarradora la imagen de una casa que se muere. Los trazos de quienes la habitaron en su lucha por no ser desvanecidos. Y queda un vaso sucio en la mitad del friegaplatos. Un objeto olvidado. Una nota pegada al refrigerador.

Cuando caía la tarde, se dispuso a leer. Casi releyó a Pedro Páramo antes que se acabara la primera vela. Era el mismo ejemplar quemado en los bordes, ahora sin tapa. “¡Ay vida, no me mereces!” Durmió un mal sueño, cargado de pesadillas, donde aparecía su padre y aparecía Najdorf. Y aparecían todos los fantasmas de los que Johan se dejaba atormentar: un hombre con una pistola que le apuntaba en la nuca. Y el corría para encontrar algo que no encontraba. Eran sueños muy confusos. Nunca podía ver los rostros de esos personajes pero estaba seguro que eran ellos. *Dicen que por allá anda el ánima. Lo han visto tocando la ventana de fulanita. Igualito a él. De chaparreras y todo.* Por eso cuando se despertaba su mente tenía que ponerle rostro a esos cuerpos.

Cuando abrió los ojos no supo dónde estaba y tuvo que hacer un esfuerzo por reconocer el lugar. Estaba tan oscuro que mejor recurrió al recuerdo y se vio de nuevo en Bogotá, en su casa, leyendo en su habitación donde ahora despertaba. Ni un solo sonido. Ni el más leve movimiento. Sintió miedo. Quiso gritar, gritarle a su padre que lo dejara dormir, que ya estaba de bromas; que había vuelto, que nunca más se iría. Quiso llorar y desahogarse y quiso hablar con alguien. La misma sensación de soledad que sentía cuando estaba en Brasil. Buscó su reloj y activó la

pequeña luz. Arriba de la hora, las 3:50, en letras cuadradas decía Tuesday.

También un martes, antes de las cuatro de la mañana, había muerto su padre.

6

P3TR - P4CD

Cuando llegó al cementerio se encontró con una serenata de tangos. Para esa tarde había planeado el final de la historia. Como todos los martes tras el entierro, estaba allí para cumplir una de sus promesas: leerle en voz alta a su padre el libro completo de Pedro Páramo. *Y aunque no había niños jugando, ni palomas, ni tejados azules, sentí que el pueblo vivía. Y que si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún no estaba acostumbrado al silencio; tal vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y de voces.*

La serenata, ofrecida a un soldado enterrado a pocas tumbas de la cabecera de Ernesto, lo hizo desistir de sus planes y optó por sentarse a escuchar. El público subterráneo al que cada martes leía estaría ocupado siguiendo las notas del bandoneón.

Había un aire de fiesta ajeno al lugar. Pese a las alargadas notas tristes, los deudos seguían las canciones con el jolgorio propio de un domingo de parque. Una garrafa de aguardiente pasaba de mano en mano y los niños saltaban entre las tumbas como si se tratara de los coloridos neumáticos de un patio de recreo. Entre canción y canción un hombre gritaba vivas por Víctor Amado. Y Johan pensaba en las peripecias de los sobrevivientes para continuar el camino con el dolor por los que ya no están. Hasta él llegó la botella de licor pero la rechazó. Cantaron Volver, Uno, La Pastorcita, muchas que Johan no conocía. Cerraron con Caminito, *que entonces estabas.*

Por momentos se le hizo grotesco el espectáculo. Sin embargo, reconoció en el hecho de una última parranda con el finado un gesto universal, un acto íntimo donde se refleja el respeto hacia las costumbres del fallecido. Bajo ese mismo gesto, Johan y su familia se abstuvieron de abrir la puerta del estudio. Recordó una película china que Ernesto le mostró donde un joven de una ciudad, a pesar de no creer en los ritos de sus ancestros, cruza con el cadáver de su padre en medio de un tormenta de nieve para llevarlo a enterrar en el pueblo donde nació.

El hombre de los vivos, con paso inseguro, se acercó y le preguntó si le gustó la serenata. Tenía el aliento ardiendo por el alcohol. Johan respondió con un gesto afirmativo. El casi borracho interlocutor le preguntó si le gustaban los tangos. Espoleado a hablar, Johan no tuvo otra alternativa que contestar.

—La que mejor conozco no la escuché.

—¿Cuál?

—Nostalgia.

El hombre se giró y gritó hacia los músicos, que ya empacaban los instrumentos.

—Muchachos, ¿tienen Nostalgia?

Los músicos se miraron entre sí. Desconcertados.

— ¡La canción!

—Sí, claro, don Saúl. Pero ya sería aparte.

—No importa. Toquenla que un amigo mío la quiere escuchar. Hoy los muertos estamos de fiesta.

Cada uno se volvió a acomodar. *Vengo a emborracharme corazón, para apagar un loco amor, que más que amor es un sufrir.* Esa canción le gustaba a Ernesto. A veces, cuando lo agarraban sus tristezas absurdas, la repetía de un casete que le había regalado un amigo. Y la repetía, y la repetía, y la repetía hasta que las palabras perdían el sentido por el sonsonete. Y Elena les pedía que no lo molestaran porque le había entrado *dolor de mundo*.

—¿Se toma un aguardiente?

Johan sostiene la copa plástica que parece sacada de un juego de muñecas y observa el líquido transparente. Lo huele y se lo zampa como si fuera el más experimentado de los bebedores. *Nostalgias de escuchar su risa loca y sentir junto a mi boca como un fuego su respiración.* El cuerpo se le enciende, la cara se le sonroja. Su primer trago, y ya tiene 25 años. Huérfano de un padre adoptivo. Doblemente huérfano, piensa. Se va sin despedirse, sin agradecer la canción y el infernal trago; sin terminar con Pedro Páramo. Y esa fue su última visita al cementerio en muchos años. Una semana después va a estar en Brasil. Mientras sale no mira hacia atrás porque siente que se convertiría en estatua de sal. *Llora mi alma de fantoche sola y triste en esta noche, noche negra y sin estrellas.*

7

C5D - A2C

Buscó en el directorio telefónico el número de V&M Constructora. Lo apuntó en una esquina del periódico del día anterior. Es martes y se dirige a la tumba de su padre con las tijeras de podar, un ramo de claveles blancos, un botellón de agua y cera para el mármol. Lleva un sombrero aguadeño para protegerse del sol.

Ni las tijeras, ni la cera y menos las flores son necesarias. La tumba está pulcrísima, con un ramo de crisantemos frescos en la cabecera. Las letras en negro parecen recién pintadas.

Había pensado que leería. Empezaría de nuevo el libro para que su padre supiera que al final todos están muertos. Pero los pensamientos tomaron su propio rumbo. Johan se reiteró en su decisión de llevar el cuerpo de su padre para Villa Hortiga; allí podría descansar, sentarse a jugar ajedrez con Najdorf, caminar por sus calles de niño. ¿Cuánto tiempo de la infancia había estado su padre en ese pueblo que ahora le exigía que lo regresara? ¿Qué más podría querer él si no era eso? En vida siempre se había quejado de Bogotá y su eterno invierno que nunca se sabe cuando termina uno y comienza el otro. De la gente y su apatía por la ciudad, por el caos vehicular, por la falta de cooperación, por la competencia despiada. Ernesto no era de allá y Johan creía que lo mejor era devolverlo a su sitio. En Villa Hortiga, Victoria era el apellido dominante.

Estaba rodeado de miles de últimos deseos sin cumplir; cada tumba podría ser uno. Arrancó un espartillo y empezó a moverlo entre sus manos. ¿Cómo se llamaba el soldado de la serenata de tangos? A lo mejor esa fue su petición, un bandoneón tocando frente a su última morada. Y ahora sus familiares van por el mundo con la tranquilidad del deber cumplido, el duelo acabado. Del muerto, apenas un retrato colgado en la sala que no lo deje olvidar por completo. ¿Existe la resignación? ¿La verdadera resignación? Él no iba a llegar a ese estado mientras Ernesto no estuviera bajo la tierra de su pequeño pueblo. ¿Habría sabido él lo complicado que podría ser llevarlo hasta allí como para que en vida anduviese pregonando todo el tiempo que era eso lo que quería? Tiro el espartillo, después de morderlo.

Y su padre natural, ¿estaría muerto? Hasta podría estar en ese mismo cementerio pero sería imposible saberlo. La misión de un último deseo, en ese caso, no le correspondía a él. Ubicó el ramo de claveles sobre la losa y los ofreció también a su desconocido padre natural, así no estuviese muerto.

Al salir del cementerio pasó por el edificio de la administración y pidió la información necesaria para llevar a cabo el trasteo del cuerpo.

—Eso es complicado, señor, si el muerto solo lleva cinco años. Venga después cuando esté el administrador.

¡Solo cinco años! Ahora su padre era un cadáver joven. Y él que sentía que había pasado una eternidad desde el accidente.

—¿Puedo esperarlo? ¿Al administrador?—preguntó Johan.

El empleado lo miró a los ojos por un momento. Johan tomó el gesto como una afirmación. Se sentó en una silla plástica, en la pequeña sala que asemejaba un comercio agropecuario: había palas amontonadas, plásticos, escobas, rastrillos, un fuerte olor a fertilizante. Media docena de carretas filadas contra la pared y una vitrina que lo separaba del lugar donde el empleado leía un periódico amarillista. Solo el reloj se movía en ese cuarto. Nadie llegó, ninguno dijo alguna palabra. El empleado no cambió la hoja del diario ni se paró por café. Johan se sentía desnudo al no tener más que su mirada y pensamiento para gastar el tiempo de espera. Tres cuartos de hora más tarde se levantó, se cruzó una mirada con el empleado y salió del lugar.

8

CXC - PCXC

Papá me pegó una bofetada. Fue un sábado en la tarde. Tal vez yo hice mérito para conseguirlo.

Suelo ser de pocos afectos, aunque muy fuertes. Y esa intensidad me gusta canalizarla en la novia de turno. Tampoco es que haya tenido muchas, pero con ellas me sentí cómodo de esa forma.

Por los días de la bofetada había terminado con Morena, mi primer amor. Estudiamos en el mismo colegio, vivíamos en barrios cercanos, nuestros padres eran amigos, pasábamos vacaciones juntos. Estábamos destinados a ser novios. Se llamaba Mónica Restrepo Nantes. De una familia antioqueña, como muchos Restrepo en este país, mezclada con los Nantes que nadie sabía de donde habían salido. Para resumir su nombre empecé a decirle Morena y tanto le gustó el acrónimo que casi obligó a todo el que la tratara a que la llamara así.

Un día conoció a un patinador que tardó dos minutos en conquistarla. Yo debía pasar al puesto de "hermanito" o al de "buen amigo". Morena ni siquiera se tomó la molestia de darme alguna explicación. Nunca volvimos a salir con los Restrepo Nantes y al primer sábado tras la ruptura, en un mal rato con papá, terminé con su mano contra mi cara.

Ese día estaba intemperante y lo que pasara me daba igual; perder a Morena era un dolor que el mundo tenía que compartir conmigo; hasta su patinador, al cual siempre deseé una lesión que no le permitiera ganar una competencia ni en vídeo juegos. Todos tendrían que ser castigados.

Hasta el yo de ahora le pegaría una trompada al niño tonto de ese día.

A Mamá le gustaban los días cuando estábamos todos en casa. Ese tarde había preparado pabellón nacional, que no era un saludo a la bandera sino uno de sus platos preferidos: caraotas negras, platano maduro, carne mechada, arroz y aguacate. Y un chicharrón para papá. Una suerte de bandeja paisa-venezolana que demorábamos la tarde en digerir y nos cambiaba el mal humor. Casi siempre.

Papá llegó con Nana de una práctica de natación mientras yo veía a un repetido Homero Simpsons en el televisor de la sala. Esa tarde no estaba para reirme. Papá dijo algo y yo no le presté atención, dijo algo más y yo seguía sin pararle. En un momento gritó y yo también grité. Nos cruzamos alguna frase y yo debí decir una grosería o algo parecido. Sentí el golpe, la cara roja.

El silencio.

La mirada de reproche de mamá.

Dejé la sala, casi corriendo, para encerrarme en mi cuarto. Quise llorar, pero las lágrimas no salieron.

A medida que bajaba la crispación empecé a elaborar mi plan de venganza. Ese golpe se lo iba a cobrar a papá: no volvería a dirigirle la palabra, no volvería a entrar al estudio e iba a evitar que se enteraran de la fecha de mi ceremonia de graduación como bachiller. No me podía tirar el año porque no faltaba mucho, lo máximo era mantenerlos al margen de la celebración. Y tampoco presentarme a la Universidad. Eso sí que era una bofetada, ya iban a ver.

El día de mis grados me levantaría muy temprano, me iría antes que todos se dieran cuenta y volvería cuando nadie se enterara; escondería el diploma entre los libros y san se acabó. Allá ellos. En el colegio diría que mis padres tenían una situación de emergencia y que entonces llegarían en cualquier momento. Pero nadie iba a llegar.

Esa tarde me quedé encerrado en la habitación sin comer nada. Mamá tocó la puerta en dos ocasiones, una en son de paz y otra en un alegato en clave venezolana del que solo recuerdo que utilizaba la palabra carajito como signo de puntuación: *mira carajito tienes que comer carajito pa darle otra a este carajito que ahora se cree que puede tratar mal al papá carajito que yo misma ya vas a ver carajito.*

Durante la semana traté de salir de mi habitación lo menos posible para evitar cruzarme con papá, aunque sabía que esa estrategia no me iba a durar para

siempre. En dos ocasiones que nos vimos no le hablé, y él, molesto, tampoco me dio plata para el colegio; mamá se enteró de mi actitud y me dio una reprimenda inacabable, uno de esos sermones de la consideración, de que uno no sabe cuánto tiempo Dios nos va permitir las cosas que nos regala. Qué sabia y qué premonitoria es mamá.

El jueves por la noche cuando ya trataba de dormir tocaron a la puerta.

—¿Quién?

—Yo.

—Está sin seguro— respondí. La puerta no se abrió.

—¿Quieres venir a una salida de campo el sábado?

—¿A dónde?

—A Guasca, con los alumnos de tercero.

—Bueno.

No pude contener las lágrimas. En cuestión de minutos tenía la almohada hecha un diluvio. Había roto con mi primera promesa de venganza.

9

P4AD-PXP

Y decidí olvidarme del ajedrez. Me cansé del pánico que me generaban los campeonatos, de la rabia que me concedían las derrotas, de los enemigos acérrimos en el cuadro a quienes me costaba considerar mis amigos en la vida real. De los que se burlaban al verme sentado sin contrincante al frente, sin saber que entrenaba mis aperturas y defensas. Y estaba a algunos semestres de terminar mi carrera, una razón más que suficiente para no sacrificar mi tiempo con el juego. También porque había terminado con Luisa, mi segunda novia, y esta vez la venganza no era hacia afuera.

Pero el divorcio no fue completo; el ajedrez estaba ahí y yo no lo podía evitar. En mi habitación, por ejemplo, ha estado siempre un afiche con la fotografía del Ché Guevara tomada en 1962: una mano al mentón y un habano en la otra, en actitud de que va a realizar una jugada decisiva. Es una imagen poco conocida que papá me trajo una vez que estuvo en un congreso en Cuba. Por los días de esa fotografía, el Ché se cruzó con Najdorf, se abrazaron como grandes amigos y se sentaron a jugar. Pese a que Najdorf tenía un juego más creativo y un nivel mayor al del Ché, le propuso unas tablas diplomáticas cuando la partida apenas iba cerrando la apertura. Guevara, entonces ministro de Industria, aceptó.

El día en que empezaba mi penúltimo semestre en la Universidad iba en búsqueda de mi salón de clase cuando tropecé con uno de esos habituales contrincantes del

tiempo en que solía jugar campeonatos. Un muchacho de apellido Clavijo que iba por el mundo como si fuera Bobby Fischer y a quien no le pude evitar el saludo.

—¿Victoria? Entonces qué, hermano. Porqué no ha vuelto a entrenar.

—Pues es que he estado como ocupado.

—Y por que no cae que aquí en la U estamos jugando ahí en la oficina de Deportes.

Hágale para que nos juguemos unos blitz.

—Voy a tratar de pasarme en estos días. Nos hablamos—. Y seguí mi camino con la palabra *blitz* atravesada en la cabeza. ¡Ni que decir partidas rápidas fuera pecado!

Llegué al salón, pero no había nadie. Esa primera clase de semestre a la que no va ni el profesor. Apliqué la ley del cuarto y me fui a la oficina de papá. A esa hora él estaba en clase. Me encerré y me puse a leer una novela de García Márquez, justo la de un fotógrafo minusválido que solía jugar ajedrez y se suicida en su laboratorio.

Sobre el escritorio había una colección de ejemplares de la revista Cromos.

Recuerdo la sorpresa que me llevé al encontrar una columna de ajedrez que el maestro Boris de Greiff escribía para cada número.

De Greiff era de las pocas personas que conocía y se merecían el nombre de maestro; y en eso, creo, estaba de acuerdo todo aquel que alguna vez lo trató. En sus columnas contaba la historia de algún enfrentamiento épico o de alguna posición famosa y al final proponía un ejercicio a manera de crucigrama para que el lector lo resolviera. Papá había escrito las respuestas en el margen de la hoja.

Mientras la columna existiera papá iba a comprar esa revista, sin importar le siquiera la modelo de la portada; lo malo era que nunca me las hubiese

compartido. Cuando le hice el reclamo a papá por no haberme contado de la columna en la revista me recriminó que yo para esa época tenía el berrinche de no jugar ajedrez, *¡entonces tómelo!* Para mayor sorpresa me contó que De Greiff se había ganado el respeto de Najdorf y que juntos habían viajado a Rusia. Que De Greiff había estado en el primer campeonato en honor de Capablanca, en 1962, y que allí había jugado contra Boris Spassky, para ese entonces futuro campeón mundial; de mirón hidalgo había estado el Ché Guevara, según lo relató De Greiff: todo en el mismo día en que fue tomada la fotografía que yo tenía en mi habitación. Parecía una comedia de coincidencias. Según la explicación de papá, si seguía la puntada de Boris de Greiff, llegaría a que era sobrino de Otto de Greiff, un poeta del que se dice le enseñó a jugar ajedrez a García Márquez, con lo que aseguró que el juego fuera parte de algunas de las obras del premio Nobel. Una de ellas, la que yo estuve leyendo la mañana que no tuve clase en la Universidad. No tuve la menor duda de que toda esa retahíla estaba orquestada por papá, como era su costumbre, para llevarme a hacer lo que el quería.

Tras leer las columnas de la Revista Cromos y al ver que la mañana no avanzaba, decidí ir al tal departamento de Deportes. En una pieza pequeña, un poco húmeda, casi oscura y que olía a gimnasio, algunos muchachos jugaban partidas rápidas. Me puse en la cola para retar al ganador y jugué un par de partidas antes de ser derrotado. Volví a la fila. El sistema de juego es sencillo, partidas a tres minutos y el que pierde cede el puesto al que sigue en la fila. Ni siquiera hay que hablar. Es un sistema universal en el que hasta Najdorf jugaba. El ajedrez me reconquistó en el lugar menos romántico que existía. Por esos días había leído una entrevista donde

Najdorf decía que a diario jugaba unas cuantas partidas rápidas: como si fuera una droga necesaria para él. Y esa droga me hizo olvidar la hora, perder mi almuerzo, gastar toda la tarde en el salón maloliente y ganarme un reproche de papá.

—¿Y usted donde fue que se metió que tiene a su mamá peliparada?

10

AXP - AXP

Me volví a cruzar con Clavijo. Me saludó como si fuera un hermano perdido, me dijo que se alegraba de que volviera a jugar y me invitó a que me inscribiera al torneo de la Facultad de Ingeniería, que el nivel era buenísimo y que yo *hasta* me lo ganaba.

Pese a lo presumido, Clavijo era un buen muchacho. Muy estudioso del ajedrez. Hablaba de historias del juego como si las hubiera presenciado y hasta trataba de conquistar a las mujeres con una extraña faceta de genio ajedrecístico atormentado.

Para ese momento, yo solo quería jugar partidas rápidas. Pensar en volver a enfrentar un torneo me daba más que pánico, vertigo; y aún así terminé por caer ante la celada de Clavijo para que me inscribiera.

La sala de juego era una de las cafeterías en Ingeniería y el número de participantes acaso mayor a cincuenta. Un extraño lugar para realizar un campeonato, donde el olor a almuerzo amenazaba con quebrar cualquier defensa. Al llegar para la primera partida sentía un vacío en el estómago que me empujaba a huir de allí, pero no me decidí. Busqué mi tarjeta y esperé a mi contrincante, que no tardó un par de minutos en llegar. Era un muchacho tan alto que me sentí en inferioridad de condiciones e hice jugadas tan torpes que estuve a punto de echar a perder el juego. ¡Ni que fuera un partido de baloncesto! Mi desconcentración fue

mayor cuando vi entrar a papá y sentarse frente a la única jugadora de la competencia. Desde mi puesto podía observarlo a tiro de un grito: su figura pesada, la camisa por fuera arrugada a la altura de la correa, sucio de polvo de tiza; tras las primeras jugadas pide permiso para pararse de la mesa y con pasos tranquilos va al mostrador para comprarse un tinto. Camina y sé que en su cabeza analiza el gambito de dama al que se enfrenta. Mientras tanto, mi contrincante hace leña y me lleva una pieza de ventaja, lo que me obliga a concentrarme en el juego: todavía es una posición salvable pero el señor altura tiene el viento en popa y arrecia contra mi defensa. La paso mal, por unos instantes, hasta que en su encarnizado ataque desprotege un peón clave de la retaguardia, por donde empieza a desmoronarse.

Cuando mi enfrentamiento estaba en su climax la mayoría de las partidas había terminado; algunos curiosos observaban mi juego en un complicado final y papá me puso un tinto en la mesa que acompañó con una palmada en la espalda. Obligué a que don altura inclinara su monarca en una situación que cualquier jugador hubiese jurado empate; ya no estaba distraído.

Es un buen jugador, aunque muy alto, me bromeó papá, mientras almorzábamos. Él sabía que yo estaba en la sala desde que entró y la llegada tarde a su puesto se debe a que había estado observándome.

Gané las dos partidas siguientes relativamente fácil. Aunque me apena reconocerlo, esperaba a que papá perdiera para no tener que enfrentarlo. Al final de la tercera ronda quedábamos cinco jugadores con todas las partidas ganadas.

Las posibilidades de que me tocara enfrentar a papá eran demasiado altas. Para evitarlo hablé con Clavijo, que posaba de organizador aunque era un competidor más. Le pedí que me ayudara para que no me tocara jugar con mi papá y le chisté un impedimento moral, como dicen los políticos.

—Pero vos le ganas a él.

—Es que ese no es el problema.

—¿Entonces?

—No quiero jugar contra él.

—Si no se enfrentan en la cuarta ronda y los dos ganan, se tendrán que enfrentar en la quinta, no hay escapatoria.

—Bueno, ya me habré inventado algo.

—No entiendo. Igual yo le ayudo, Victoria, fresco con eso.

Llegó el martes de la cuarta ronda y a las 12:05 el profesor de Desarrollo Urbano no había terminado la clase. Llegué tarde a la cafetería de Ingeniería, busqué mi ficha entre las pocas sillas aún vacías y cuando me senté me encontré con la sonrisa de papá al frente y, por ser una de las partidas principales, con un reloj que marcaba menos cinco minutos a cada lado. Todavía hoy no encuentro palabras para esa sensación de angustia de enfrentarme a papá en un campeonato.

Llevábamos mucho tiempo sin jugar y era la primera vez que participábamos en el mismo torneo. Maldije a Clavijo que dijo que me iba a ayudar.

—Yo no quiero jugar.

—¿Por qué no? Trátame como un adversario cualquiera. Respétame con tu mejor juego.

—No quiero jugar.

—No te lo tomes tan a pecho, es solo una partida. Ahorita nos vamos a almorzar un buen pescado y todos felices. Después del juego, nada cambia.

—Yo no quería jugar este campeonato, y mucho menos si hubiera sabido que me iba a tocar jugar contra mi papá.

No lo miraba porque me imaginaba su sonrisa de satisfacción.

—Esa es la vida. ¿No que no ibas a volver a jugar ajedrez? Es la competencia diaria, nos tocó un mundo donde todo es competencia. Y esto es nada a lo que te espera: siéntete feliz de que por lo menos hoy al final no solo nos vamos a dar un apretón de manos como dos jugadores que se respetan sino que voy a darte un abrazo de padre que te quiere y que siempre quiero que estés bien. Así que si tú no me quieres ganar a mí ese es problema tuyo.

Y jugó el peón rey cuando su costumbre era salir con peón dama.

Mi ánimo no mejoró con el juego. Papá me trató como a un adversario cualquiera, salvo las dos veces que se paró a comprar tinto: traía uno para él y otro para mí. Le tomé una leve ventaja posicional a cambio de un sacrificio de peón y le ofrecí tablas.

—¿Tablas diplomáticas?

—Tablas.

—Gáname si es que eres capaz.

Ubiqué mi reina a la diagonal sobre uno de los peones que protegía su rey. En su turno movió alguna pieza menor en el desarrollo de su estrategia y me miró con desconcierto cuando tomé el peón frente a su rey. Era un jaque que le brindaba al rey enemigo solo una jugada: capturar la dama atrevida y, con eso, lograr una ventaja definitiva. Papá tenía solo una opción. Así lo hizo y yo decliné mi rey en señal de rendición, tomé mi mochila y me fui. Como era costumbre, el ganador tomaba su tarjeta, la tarjeta del vencido y se la llevaba al árbitro para notificar el resultado.

Maldije haber vuelto a jugar. A lo mejor papá sabía y lo tenía planeado y su influencia para que nos enfrentáramos había sido mayor que la mía para evitarlo. No llevaba mucho tiempo caminando por los corredores de regreso a mi facultad cuando vi a Luisa conversando con sus amigas. No la veía desde que habíamos terminado y aunque habían pasado algunos meses sentí que de nuevo el destino jugaba a su comedia de coincidencias, con el ajedrez de por medio: dos sinsabores del mismo tamaño no los podía acarrear el mismo martes. Traté de devolverme para evitar cruzármela cuando vi a papá que venía hacia mí. Salvo que echara a correr no iba a poder evitarlo. Al llegar a mi encuentro me tomó del brazo con una fuerza que nunca le había sentido; ni cuando me pegó en la cara.

—Vamos que el pescado está servido.

Nunca nos volvimos a referir al tema.

11

O-O - P4D

Johan marcó el número que tenía apuntado en una hoja del periódico. Eran las siete de la noche así que tenía la esperanza de que una máquina le contestara. Escuchó varios repiques, luego una educada voz de mujer.

—Constructora, buenas noches.

—Buenas noches, ¿usted me podría comunicar con Omara?

Hubo un silencio en la línea. La voz de la mujer preguntó:

—¿Johan?

—¿Omara?

Colgó sin saber por qué. Era ella, seguro que era ella quien había contestado. ¿Por qué le había reconocido la voz si solo se habían cruzado una vez hacía muchos años? Johan tenía la respiración agitada como si hubiese corrido un kilómetro al borde de sus fuerzas antes que hacer una llamada. Volvió a la tienda y pidió un tinto. Temblaba. Hizo un intento por ordenar las ideas en su cabeza. Trató de recordarla. Tenía una imagen difusa de ella. Acaso era muy blanca y de muchos lunares. ¿O era morena? Altura media, una cicatriz en la muñeca. ¿Por qué ella si recordaba hasta su timbre de voz? Pagó el tinto y volvió a la cabina del teléfono público. Respiró profundo porque sintió que así agarraría el valor suficiente para volver a llamar.

Alistó tres monedas. Marcó nuevamente.

—Constructora, buenas noches.

—¿Cómo sabes que soy Johan?

—Porque yo no me llamo Omara. Solo tu padre me llamaba así.

Un silencio de medio crédito en el teléfono.

—¿Estás en Bogotá?— preguntó ella.

—Sí.

—¿Querés venir?

Apuntó la dirección aunque sentía que era capaz de volver a ese lugar sin necesidad de muchas indicaciones. Programaron la visita para el fin de semana.

El jueves en la mañana Johan continuó con las labores de aseo. Limpió los patios y sacudió el polvo sobre la mesa y las vitrinas de la casa. Hacia el mediodía se fue a las oficinas de los servicios públicos para solicitar la reconexión. Quería aprovechar la tarde para adelantar esas diligencias.

Desde un teléfono público llamó al cementerio y habló con el administrador. El proceso de desenterrar el cadáver requería de un permiso especial firmado por las autoridades, un poder firmado de la cónyuge y otros requisitos engorrosos.

—En realidad es un proceso que no realizamos mucho. La gente está feliz de tener sus muertos en este cementerio—. El administrador hablaba con la seguridad de un vendedor de servicios hoteleros.

De regreso compró velas, una garrafa de agua y mecató para tener en caso de hambre. A manera de cena se comió un cuarto de pollo. En su habitación se sintió como en una guarida por la falta de electricidad y su falta de baño.

Se recostó en la cama y tuvo un sueño rápido. En ese sueño aparecía Ernesto, con la cara quemada, sentado en la camioneta como si esperara a que cambiara un semáforo. Pero nada que reiniciaba la marcha y a Johan la impaciencia se le volvió angustia. Su padre no se movía, ni el semáforo imaginario cambiaba. Y el cuerpo le daba la cara, la cara quemada sin rasgos que Johan sabía que era su padre. Y quería hablarle, pero se despertó. Tenía el corazón acelerado. Miró el reloj: 19:44.

Tomó las llaves y salió de la casa en carrera hacia el teléfono público más cercano. Marcó el número.

—Constructora, buenas noches.

—Hola, es Johan.

—¿Estás bien?

—¿Siempre estás ahí?

—Estamos entregando un edificio por estos días. Hay mucho trabajo.

—¿Puedo ir?

Hubo un silencio más largo que lo normal.

—¿Puedo ir ya?— preguntó Johan.

—Claro, esta es tu casa.

Por primera vez Johan advirtió el acento de Omara. A lo mejor también es de Medellín, pensó. Volvió a su casa dispuesto a darse un baño lo mejor posible con el garrafón de agua. Su padre seguía estacionado en su cabeza, esperando a que el semáforo imaginario cambiara.

12

T1R - P4R

Paró un taxi. Un reloj de números rojos marcaba las 8:20 de la noche. Le leyó la dirección al conductor mientras se acomodaba en la silla de atrás.

—¿Quiere que vamos por la Boyacá, o nos subimos a la 30?

Johan no sabía qué responder porque se sentía desconectado de la ciudad. Dijo lo primero que se acordó.

—Pero la Boyacá es muy congestionada.

—A esta hora ya no. Y es la más directa.

Tampoco los taxistas cambian, pensó. Siempre te dan algunas opciones para al final escoger la que ellos quieren. Esta vez Johan estuvo más atento y trató de reconocer los lugares. Apenas unos minutos después vió la entrada a un callejón del otro lado de la avenida y sin pensarlo le pidió al taxista que se detuviera. El hombre lo miraba, como sin entender lo que pasaba.

—¿Cómo podemos ir a ese callejón?

—Hay que ir hasta el retorno y volver a subir.

—Ok.

—¿O sea?

—Qué por favor vayamos.

El taxista puso la marcha molesto por el cambio de ruta.

Al llegar al lugar la molestia del taxista se había tornado en una visible angustia.

—Entremos por aquí— le pidió Johan.

—Señor, usted me va a disculpar. Pero no me siento seguro. No es paranoia, pero la última vez que un pasajero me cambió la ruta terminé atracado.

—No, señor. Qué tal. Solo vengo a ver este lugar.

El vehículo avanzó quinientos metros entre una arboleda que le daba al entorno un aspecto rural. Al llegar a la primera casa al borde del camino Johan pidió que se detuvieran. El taxista puso los seguros a la puerta y subió los vidrios hasta el tope.

—Usted sabe señor. La seguridad está muy difícil.

Johan no escuchaba porque estaba viendo, por segunda vez, el lugar donde murió su padre. El martes que le avisaron había salido en carrera para ese mismo sitio pero llegó cuando el cadáver había sido levantado y la camioneta estaba en una grúa. El poste al lado donde había ocurrido el incendio renegrido y en la casa aledaña algunas señas de lo cerca que había estado el fuego. Ahora, nada en el entorno daba a entender que ahí se hubiese quemado alguien hasta morir. El olor de la carne quemada que ese martes le dio arcadas se había disipado por completo. Claro, el tiempo que lo borra todo.

Una luz se prendió en la casa y el reflejo se vio en la ventana. Alguien se asomó sin correr mucho la cortina y miró hacia el taxi. El día del accidente cuando Johan llegó, ingresó a la zona demarcada con cinta amarilla pero un policía le salió al paso pidiéndole que se volviera. Johan quiso explicarle que era su padre el que había muerto ahí pero las palabras no le salieron y empezó a llorar. Se sentó afuera de la escena empujado por el agente mientras los curiosos empezaban a dispersarse, y su llanto pasó de ser silencioso a mezclarse con un sollozo frecuente. Su celular no paraba de sonar y las señoras que permanecían en el lugar lo miraban extrañadas. Cuando el llanto se le extinguió la grúa aún no se había llevado el carro y algunos trabajadores con batas del instituto de Medicina Legal pululaban en el lugar. El sol de esa mañana ya se había instalado y apenas algunas nubes se veían al occidente. Su padre apenas se había muerto, en ese mismo lugar, y Johan se reprochó el estar mirando para las nubes.

Vio llegar a Adriana que se abrió paso entre los carros y los cada vez menos espectadores. Venía con los ojos hinchados y rojos y se cruzó por entre la línea amarilla. El mismo policía trató de detenerla y ella más decidida señaló hacia Johan, sentado al otro lado de la escena. Apenas llegó lo miró más con rabia que con la condescendencia entre dos personas que sufren la misma tragedia.

—Porque no contestaba el celular. Tiene a mi mamá más preocupada todavía. Vamos que aquí ya no va a pasar nada—. Lo abrazó, lo ayudó a levantarse y cruzaron los dos por la escena sin que el policía hiciera nada por detenerlos.

—Señor, me hubiera dicho que el servicio era por horas y le salía más barato.

Además yo tengo que hacer otra carrera.

Johan no dijo nada. Pensó en bajarse y dejar ir el taxi pero afuera el lugar no parecía muy amigable y no sería fácil encontrar otro para cuando decidiera irse. Su padre había salido de donde Omara e iba para la casa el día que se murió, concluyó Johan. No había otra posibilidad, dijo casi en voz alta.

—Sigamos para la dirección que le dí, por favor.

Llegó a donde Omara pasadas las nueve de la noche.

13

D4T+ - C2D

—Creí que ya no ibas a venir.

Tenía un suéter sobre el pijama a rayas azules y blancas. Su cara era blanquísima salpicada por algunas pecas y lunares. Johan pensó en la cicatriz de la muñeca en la mano izquierda. Seguía siendo bonita, con unas caderas que envidiarían muchas mujeres menores.

—¿Querés algo de tomar?

—Un café, si tenés.

—¿Café? ¿A esta hora? No vas a poder dormir.

—No, hace rato que el tinto no me desvela.

Omara lo miró a los ojos, como si con ese gesto tratara de reconocerlo, de recordar al muchacho que había visitado su casa hacía algunos años con el cuello arañado y la ropa hecha añicos. Que se escondía de las miradas y se protegía tras la presencia de su padre.

—Vos sos igualitico de extraño que tu papá.

Caminó hacia la cocina y puso una olleta con agua en el fogón. Le pidió que se sentaran a la barra y solo en ese momento Johan comprendió la cantidad de similitudes que había entre esa y su propia casa: el mismo terminado de la cocina,

la sala, la barra divisoria que servía de comedor pequeño, las escaleras idénticas.

Cada descubrimiento lo hacía sentir en una película de detectives. ¿Cuál sería la próxima pista?

—¿Estás bien?

Johan no supo qué responder.

—Contame, ¿cómo fue el regreso?

—Bien, todavía como que no lo comprendo.

Le sirvió el café.

—No tenés que sentirte mal conmigo. Yo sé que no debe ser una situación fácil, pero igual yo me siento muy feliz de que estés aquí.

La interpelación hizo que Johan se sintiera incómodo. Levantó la cabeza y trató de sonreír.

—Cóntame qué hacías en Brasil.

—Trabajaba con la alcaldía de un municipio.

Omara se quedó mirándolo como esperando por más información.

—En realidad una ciudad, capital de estado. Es una ciudad planificada, de esas que se inventaron donde todo debe funcionar.

Johan hablaba con frases cortadas por silencios más largos de lo normal. Se demoraba tres veces en explicar lo que una persona dubitativa explicaría en una.

—Entonces yo era del equipo de línea, que en realidad es desarrollo. Pero allá le dicen línea. Toda la ciudad tiene una arquitectura definida y está en plena construcción, entonces hay que evitar que se pierda esa línea en las nuevas construcciones.

—¿Y que aportabas tú al equipo?

—Yo debía dibujar mucho. Te daba ciertas posibilidades de inventar cosas, dentro del molde. Me tocaba explicarle a los arquitectos de los diferentes proyectos qué podían y qué no podían hacer, revisar sus propuestas y hacer sugerencias para que se guardara la unidad de la ciudad.

—Mucho calor.

—Bastante. Había un lago formado por un río donde la gente la pasa.

—¿Y el idioma?

—Pues con la gente del equipo hablábamos inglés. A mi el portugués se me dio fácil y me tocó aprender a moverme solo allá.

—¿Era complicado?

—Pues no mucho. Así se llamara ciudad y fuera capital de estado no pasaría de ser del tamaño de un municipio aquí en Colombia.

—¿Y la novia?

—No, nada.

Omara había sacado a Johan del ostracismo con un par de preguntas. Ahora sonreían y se miraban a la cara mientras iban por el segundo café. Hablaron de la constructora y del ambiente en Bogotá para el ramo, de lo rápido que estaba creciendo la ciudad, de la cantidad de edificios nuevos, de la transformación en los barrios. También de los que estaban haciendo su agosto con el buen momento y de lo mal preparados que estaban saliendo los muchachos de las universidades.

—Tu papá estaba muy orgulloso de vos después de lo de Estados Unidos. ¿Porque no aceptaste?

Johan puso los codos sobre la barra y suspiró para darse tiempo de una respuesta clara.

—Yo fui a Estados Unidos a estudiar inglés. Lo hablé con papá después de una pelea que tuvimos por un torneo de ajedrez y porque él quería manejarme la vida por completo. Y yo me fui pensando en otras cosas. No en trabajar.

—¿Y?

—Y estando allá él me sale con que me fuera a Boston a visitar a un amigo del MIT. Que fuera, que el tipo estaría feliz de verme y de hospedarme allá en su casa. Era un buen amigo de papá y pasé unos días allá. También geólogo pero no como papá que se mantenía metido en pantanos. Hablamos mucho de mi tesis de grado y el tipo me programó una cita para hablar con un equipo de trabajo sobre ciudades planificadas, que ha sido mi caballito de batalla. Pero todo eso había sido planeado

por papá, él ya les había vendido la idea de mi tesis, de mi trabajo, de mi supuesto potencial. Y esta gente le creyo todo.

—Bueno, tu papá tenía el don de la palabra. Enredaba un duende, como él mismo decía.

—Si, pero nadie vive la vida de otro.

—Aún así debiste haber aceptado.

—Eso es muy fácil decirlo ahora, pero no en ese momento.

—Estuviste con una muchacha allá. ¿Fue cierto?

—Te contó muchas cosas, según veo.

—Estaba muy orgulloso de vos. Solo lo vi tomado el día que te graduaste como bachiller. Estaba dichoso.

—¿Hablaban mucho?

En ese momento se sintió que alguien habría la puerta.

—Bueno, ya te lo contaré. Salomé, ven te presento.

La muchacha estiró la mano, con los mismos ademanes seguros de Omara, la misma sonrisa, las mismas pecas.

—Johan— dijo él mientras le estrechaba la mano.

Salomé abrió la nevera, sacó nada y se despidió con rumbo hacia las escaleras.

Cuando nuevamente estuvieron solos, Omara le dijo como si fuera un secreto:

—No es lo que estás pensando.

—¿Y acaso sabes que estoy pensando?

—Bueno, para que ni lo llegues a pensar, porque me ha pasado. Ella no es hija de tu padre.

Johan se quedó mirándola, como esperando por más.

14

TXA - PXT

El primer sorprendido fui yo. Durante ese fin de semana quise renunciar a seguir en el torneo y papá parecía obstinado en evitarlo. Asistí a la partida del martes más por compromiso con él que con ganas de jugar. Mi tarjeta estaba en la mesa principal, con cuatro puntos de cuatro juegos jugados. El día de la partida con papá, él cogió las tarjetas y las entregó al árbitro y dijo que yo había ganado. Fue su jugada de revancha ante mi berrinche de sacrificar la dama frente a su rey y rendirme. Papá era un hombre tan obstinado que esa tarde sentí que quería irme de su lado, en parte porque quería hacer algo diferente, en parte para tratar de escaparme de ese destino que él tenía trazado con todo cálculo para mí.

En el torneo quedé de segundo después de perder en el desempate con un muchacho de Ingeniería, entonces campeón nacional. Un jugador al que nunca le escuché decir una palabra ni para cantar jaque, con la cara tomada por el acné y que unos años después se fue a España a tratar de vivir del ajedrez.

El mismo día que se acabó el torneo, aprovechando la felicidad de mi papá que se colgó mi medalla como si fuera de él, le comenté que antes de mi último semestre me gustaría ensayar un tiempo fuera del país, aprender inglés y dedicarme a la tesis de grado sin que me abrumaran las clases. Contrario a lo que yo pensaba, papá estuvo de acuerdo y me preguntó que si ya lo había hablado con mamá. Le dije que no pero tan pronto tuviera la oportunidad lo haría. A ella mis planes no le gustaron ni un poquito: *para qué irte sin terminar la carrera, que afán que sea ya o*

después de graduarte, siempre has cumplido con tus clases y por qué ahora no puedes.

La tesis la puedes seguir haciendo aquí, además no te vas a graduar con los compañeros que empezaste, y por allá sufriendo donde no se puede hacer nada.

Con todo y la oposición de mamá, papá y yo decidimos el destino a dónde me iría.

Digo que decidimos, pero en realidad yo seguía un guión que él había escrito.

Descartamos Australia, Inglaterra, Irlanda y muchos otros, hasta Trinidad y

Tobago, y al final encontramos que el mejor lugar sería Estados Unidos. Para él

Boston, para mí Nueva York. La decisión la incliné a mi favor con un argumento

que él no pudo rebatir: en Nueva York están los mejores cafés de ajedrez del

mundo, y uno hasta se puede encontrar a Judit Polgár, una muchacha que no solo

es bonita sino que era (de pronto todavía lo es) la mejor jugadora del mundo. Papá

tuvo que ceder. Él había estudiado en Boston, pero eso no significaba que yo

también tuviera que hacerlo.

A regañadientes de mamá viajé apenas terminó el semestre y papá quedó

encargado de hacer lo necesario para aplazar lo que me faltaba de la carrera.

Llegué a Nueva York en medio de una tormenta de nieve, a mediados de diciembre.

Ni siquiera sabía decir en inglés los nombres de las piezas de ajedrez y si me los

hubiesen preguntado habría respondido *tower*, *horse*, o algún equivalente en

español. Iba con el plan de quedarme hasta finales de junio, época de mi

cumpleaños.

Me perdí esa Navidad en familia, el cumpleaños de papá y la graduación de

bachiller de Nana por el viaje. A cambio, conocí a una compañera surcoreana en la

escuela de inglés. Se llamaba Yuna y era estudiante de Economía. Provenía de un pueblo costero al sur de Seúl y sabía nada sobre ajedrez, literatura u otra cosa que en esa época a mí me interesara. De arquitectura, lo propio de una persona que ha visto miles de fotografías japonesas, país que está al frente de su ciudad y donde pasaba sus vacaciones escolares, pese al odio histórico entre las dos naciones. Me enamoré de ella porque una vez me dijo que soñaba con vivir en la costa del lado de Japón para mirar hacia el Oeste y saber que allá al otro lado del mar estaría Busan, su ciudad. Y me enamoré por que esa imagen se me antojó tan fuerte que me imagine que similar relación tenía yo con papá y en cierta forma con mamá: los amaba y eran el centro de mi vida, pero quería tenerlos lejos para extrañarlos. Quería conocer mi vida sin su amparo protectoral, sin su continua supervisión, sin su sobreprotección. Quería jugar al azar y que ellos no pudieran evitar mis golpes. Y que mejor lugar que Nueva York.

Papá me había conseguido un apartamento en Queens de no más de 30 metros cuadrados, por un precio razonable, gracias a su amigo geólogo de Boston. *Uno se tiene que salir para que entre el sol*, les escribí en el primer correo electrónico después de instalarme. La estación del metro me quedaba a unas cuantas cuadras y la escuela de inglés a no más de 30 minutos caminando. Los cafés de ajedrez a dos buses de distancia. La felicidad de los primeros días en Nueva York fue cediendo ante la persistente nieve que no paraba de caer. Las clases eran demasiado aburridas, con un montón de adolescentes asiáticos y europeos que parecían enviados por sus padres para deshacerse de ellos. Y Yuna, que también tenía 22.

Tras leer los correos electrónicos que papá y mamá me enviaban respondía con la idea de hacerles creer que todo iba muy bien, que estaba muy feliz y que disfrutaba la humedad de la nieve derritiéndose en mis botas, la pelazon que el bluyin me había generado entre las piernas por caminar demasiado en el frío y las manos moradas y tías que me dolían hasta para peinarme. Por las tardes empecé a buscar a Yuna y a tratar de conquistarla con confites de café. Al principio estaba tan prevenida conmigo, que la tarde de Navidad le pidió a sus compañeras de habitación que la escondieran para tener excusa de no salir. A mediados de enero me invitó a un concierto de rock en un teatro pequeño cercano a la escuela. Y cantó y aunque no entendí una sola palabra me prendí a ella como si me hubiera interpretado al oído la canción del Titanic.

Esa noche anduvimos hasta el Central Park tratando de entendernos en nuestro precario inglés. Nos contamos en interrumpidas conversaciones lo que había pasado con nuestras vidas hasta llegar a esa ciudad. Y nos besamos parados sobre el lugar donde mataron a John Lennon. La nieve no paraba de caer y la ciudad en ese blanco efímero se me volvió a antojarse divina. Tomé la mano de Yuna y seguimos caminando hasta la estación del Metro.

La invité a pasar esa noche en mi apartamento. Ella se quedó por el resto de nuestros días allá. Ya no importó más el frío o la humedad o la calefacción que parecía rostizarlo a uno. Llegó la primavera y yo viajé una semana a Boston a visitar el amigo de papá. Yuna aprovechó y se fue a Los Ángeles con sus amigas. No había abordado el bus en la terminal, cuando sentí el vertigo de su ausencia. La despedida definitiva no iba a ser fácil. Pero como aún faltaban más de tres meses

decidí no pensar en eso. Mi concepto del tiempo en ese momento era tan diferente, que tres meses eran una vida por delante. Toda esa semana reflexioné mucho sobre papá y mamá. Y hasta extrañé las peleas con Nana. Yuna me había quitado todo el tiempo que tenía para pensar en mi familia, pero qué mas daba. Me sentí mal, como si me hubiera olvidado de ellos a la primera oportunidad, como si no los hubiera amado lo suficiente. Como si algún día pudiera hacer una vida sin ellos.

Wilhem era profesor en el Massachusetts Institute of Technology. Geógrafo de poco barro pero de muchos proyectos en desarrollo. Tenía una casa en las afueras tan cómoda que me soñé viviendo allí por el resto de mis días. Él me llevó a conocer la ciudad, me presentó a muchas personas y me habló como si yo fuera uno de sus hijos. Pasamos las tardes conversando: mi inglés ya daba pelea.

Cuando nos despedimos me dijo que esperaba verme pronto y se maravilló de todo lo que nos parecíamos papá y yo.

—The same walking way.

Llegué a Nueva York un día antes del regreso de Yuna y sentí un desamparo tan grande que esa noche lloré por todo lo malo que me había pasado en la vida y por todo lo malo que me iba a pasar. Un llanto sin sentido, pero reconfortante.

Los tres meses no fueron eternos y casi como si se hubiesen sucedido en un día, me sorprendí una tarde con los boletos para un concierto de una banda irlandesa que gritaba canciones de rebeldía. Era el regalo de cumpleaños de Yuna para mí. El de

papá y mamá era igual de maravilloso: podía quedarme dos semanas más para que aprovechara el ya instalado verano.

Después del concierto, la noche anterior al cumpleaños, Yuna y yo terminamos en un bar latino bailando como si supiéramos. Sentíamos la tristeza del tiempo agotado y nos abrazábamos como si pudiéramos vencer el destino. Muy pronto ella volvería a su puerto, con la empresa de su familia para trabajar, el novio al que estaba prometida, su automóvil, su vida. Yo volvería a la Universidad, a la tesis de grado, a papá, y a mamá. Y a Bogotá.

En el apartamento, casi de madrugada, hicimos el amor como todas las noches y nos quedamos dormidos hasta que empezó a sonar el timbre.

—Sorpresaaaaaa— gritaron cuando sintieron que estaba parado detrás de la mirilla de la puerta. Corrí por un pantalón al closet y traté de despertar a Yuna para que se vistiera. Ella no entendió mi sentido de urgencia y se volteó para seguir durmiendo. Afuera cantaban el cumpleaños feliz, en español, y papá desentonaba con su fuerte voz. Abrí la puerta y los abracé con todas mis ganas, en parte por la felicidad de volver a verlos, en parte para darle tiempo a Yuna de que se enterara del lío en que estábamos metidos. Nana se soltó de mi abrazo y se metió al apartamento mientras mamá me daba todos sus besos.

—Hay una china en pelota aquí— escuché que gritó desde adentro.

Si fuera por mamá, hubiese cogido una correa y me hubiera castigado: *como se te ocurrió, Johan, por Dios, ponerte a vivir con una muchacha; cuándo nos pensaba contar, cuándo estuviera embarazada; qué falta de todo, ni que nosotros no te hubiéramos enseñado nada; tirarte la vida así no más, que irresponsabilidad, demostraste que todavía no sos tan maduro como para tomar tus propias decisiones. En Bogotá arreglamos cuentas.*

Papá hizo tinto y yo les conté toda la verdad. Les gustara o no, Yuna tendría que quedarse ahí hasta el último día porque habíamos cuadrado su vuelo para casi la misma hora que el mio. Y la plata de ese mes, casi nos la habíamos gastado toda en el concierto. Mamá no paraba de reprocharme y como lo hacia en español cuando Yuna me preguntaba que había dicho yo le cambiaba la versión. Papá se reía y actuó como complice, hasta que tuvimos nuestra primera oportunidad a solas y me dio su propia dosis.

—No viste el lío en que me metiste. Vos en qué estabas pensando. Tu mamá está brava hasta conmigo, quiere que te castigue de forma que no se te olvide. Que pa' que aprendás. Vos tenías que haber contado ese tipo de cosas, no era simplemente de traertela a vivir al apartamento y ya está. Por mí no hay tanto problema, pero vos sabes como es tu mamá. Te la va a cobrar caro. Hasta yo voy a llevar ahí.

Caminábamos por el Central Park, cerca a la casa del ajedrez en dirección al Museo de Historia Natural. Paramos, observamos algunas partidas y seguimos el camino. Yuna trataba de repetir las palabras que mamá decía en español.

15

C5A - A4A

—Tu papá y yo— suspiró como para darse tiempo y encontrar la mejor forma de contar la historia. —Nos conocimos en la época de la Universidad, trabajando para la misma empresa, cada uno en lo suyo. Tu papá era una persona muy vivaz, tenía esa capacidad de resolver problemas, de ser práctico, de estar abierto a las otras personas con las que trabajaba. Y al mismo tiempo, tenía un genio de los demonios. A los dos nos tocaba correr de las clases para llegar a cumplir nuestros horarios y deberes en la empresa, así que ahí nos hicimos amigos. Como a las ocho días de yo llevarlo en mi carro a la oficina ya me estaba diciendo que era la mujer de su vida, que saliéramos juntos, que esto, que lo otro. Y yo con novio en ese momento solo me reía. Además que era siete años mayor que él y a mí, te lo digo con tristeza, me daba pena tenerlo como novio con ese aspecto tan infantil suyo, sus cambios de humor tan repentinos, sus ropas tan mal combinadas.

"El caso es que un día el que era mi novio resultó ser un tipo casado y yo sentía que el destino me la estaba cobrando caro: por un lado estaba tu papá, con todas sus cosas malas que no encajaban en mi vida y sus frases de conquistador de pueblo; por el otro lado, un novio perfecto en apariencia para quien yo solo era una amante. Tu padre me llevaba flores, me dejaba notas en el carro, me hacía reír. En la empresa se las ingeniaba para estar cerca a mí. Y me enamoré. Me enamoré de él como si fuera el primer hombre en mi vida. Me desesperaba cuando él no estaba, me daba rabia que gastara su tiempo en algo que no fuera yo. Y eso se lo aprendí a él, porque él también era así. Era tan intenso y obstinado en sus cosas, que se volvía agobiante.

"En mi casa no cayó muy bien. Mi mamá me decía que cómo se me ocurría salir con un niño al que se le iban a subir las hormigas, que ni se sabía vestir. En un asado se fue a los puños con mi hermano. Yo terminé la carrera unos semestres antes que él y me salió una oportunidad para venirme a Bogotá. Era un trabajo temporal así que acepté. De eso hace más de 30 años. Cuando le dije a tu papá, armó paseo y dijo que se venía conmigo, que él podría encontrar algo y se soñó una familia feliz e hizo proyectos por los próximos 500 años. Sus hijos iban a llamarse tal y cual, yo sería la esposa y socia de una empresa de construcción; él terminaría la universidad a distancia, y eso que en ese entonces no había computadoras ni nada de eso. Y dicho y hecho. Llegamos a Bogotá con una mano adelante y otra atrás. Y tu papá a trabajar como loco. Aceptaba los contratos más irrisorios y a nada le decía que no. Un día estaba con una empresa petrolera en una exploración, al otro en una vereda con el presidente de la acción comunal haciendo un informe para la construcción de un puente; y al otro en la finca de algún tipo al que se le estaba cayendo la montaña. La vida iba bien. Vivíamos en un apartamento en la zona del Salitre. Por esa época nos dio por crear Victoria y Mejía constructores, aunque solo era para darle un respaldo legal a sus correrías por todo el país. Y nuestro primer proyecto fue construir la que hoy en día es la casa de ustedes.

"Yo me establecí en un trabajo más fijo, siempre en una oficina aquí en Bogotá, así que pasábamos mucho tiempo separados. Tu papá yendo y viniendo como un loco. Un día tuve una historia con un arquitecto y más me demoré yo en entender lo que estaba pasando que tu padre en enterarse. Cada vez que me acuerdo de él en esa época, me muero de la tristeza. Lo mio con el arquitecto no debió pasar de un campanazo de alerta, pero tu papá se fue del apartamento sin decirme una palabra, sin un reproche siquiera y se metió a vivir a un cuchitril en el barrio Siete de

agosto. Y ahí fue cuando murió tu abuela, lo que hizo que nuestra situación se volviera más complicada. Yo quería arreglar las cosas e iba a buscarlo allá a esa pieza, pero tu papá estaba echado a la pena. Muchas veces no me recibía, las otras me abría la puerta y se sentaba en la cama sin pronunciar una palabra. Y si me quedaba dos horas, podría hablarle las dos horas completas sin que él se inmutara. Solo me habló un día para decirme que se devolvía para Medellín, que ya no le estaban saliendo contratos y que estaba aburrido y mejor se iba para esa finca que él tanto quería.

—¿La de Villa Hortiga?— preguntó Johan.

—No, esa no sé cuál es. La que te digo es una que queda en Versalles, bajando a La Pintada—. Se sirvieron otro café. Johan le daba el espacio para que ella continuara.

—Ahí pasó lo de ese muchacho Adrián. Tu papá casi se vuelve loco. Créeme, tu abuelo hasta me llamó que para que le ayudara que porque ya no sabía qué hacer con él. Temía que hiciera una locura. Yo viajé a Medellín, pero no me dijo una sola palabra y me rompió el alma ver que parecía inmerso en una tristeza tan sin sentido. Encerrado en una finca, nada más que leyendo. No se bañaba, no se afeitaba, la ropa se la cambiaba cada ocho días. Los trabajadores le hacían todo, desde la comida hasta lavarle los calzoncillos. En esa época todavía estaba Belarmina, una empleada que tuvo tu bisabuelo y que terminó siendo como de la familia. Pero bueno, esas son cosas que vos sabes.

—En realidad, no mucho.

—Cuéntame, ¿qué sabes?

—En realidad no mucho.

—Bueno, ¿qué sabes?

—¿Te refieres a que si sé que soy adoptado? Sí, él mismo me lo dijo.

—No debe ser un tema fácil.

—Para nada. ¿Qué pasó después?

—Después yo me devolví para Bogotá y quise hacerme a la idea de que no iba a ser fácil una reconciliación. Tu papá daba miedo en esa época y yo aquí tenía más que fantasmas mentales para preocuparme. La solución a todas sus crisis se dio cuando lo contrataron de profesor en la Universidad Nacional. Fue como si lo revivieran. Llegó con ganas de recuperar todo lo que se había perdido, con las fuerzas renovadas, con ese ritmo tan vital que nadie era capaz de seguirle. Yo quería que empezáramos de nuevo. Volvió a vivir en la habitación del Siete de agosto. Salíamos a cenar, íbamos a cine, me ayudaba con algunos trabajos, los fines de semana nos íbamos a pueblar. Pudimos retomar la construcción de la casa y todo parecía cuestión de tiempo hasta la vez que él se enfermó. Yo no supe nada, no estaba en casa así que si alguien me llamó yo no pude contestar. El azar me quitó esa oportunidad.

Omara bajó la cabeza y en su voz hubo un cambio casi imperceptible en el tono.

—Ahí entró tu mamá y el resto de la historia vos te lo sabés mejor que yo—.

Johan la miró con un gesto de duda. El café les había espantado el sueño.

16

C7C+ - R2R

—Yo estuve al borde de la locura cuando me lo contó. Llegó a mi apartamento con una carpeta llena de papeles y una hoja cuadriculada dispuesto a comprarme mi parte en la casa que para ese momento estaba casi construida. Yo sabía que él estaba saliendo con tu mamá, la enfermera que lo había atendido cuando casi se muere, pero nada más. Le puso un monto al negocio que, justo o no, yo no quería aceptar. *Está decidido, o me vendes tu parte, o me compras la mía*, me dijo. Cuando le dije que ni lo uno ni lo otro fue cuando me soltó la bomba: Elena y yo vamos a adoptar un niño. Y para que te pudieran adoptar tenían que casarse y tener un lugar a donde llevarte a vivir. *Me vendes, o me compras. Pensalo y me decís*. Me le arrojé a la cara, le pegué, lo aruñé, nos tratamos mal, físicamente mal. La única vez en la vida. Él también me pegó, con mucha fuerza, también me dijo que era una perra y que había sido mi culpa que todo se acabara. Cogió su carpeta de papelititos y se fue. Antes de tirar la puerta como si fuera una cantina me dio una semana para decidirme. Si le compraba, ya sabía donde tendría que consignarle la plata y listo.

Johan espera a que Omara se aclare la garganta. Quiere escuchar más, saberlo todo.

—Ahí debió morir nuestra historia. Pero luego viniste vos, y yo quede embarazada de Salomé. El papá de ella nunca la conoció y nunca la va a conocer. Tu papá me acompañó en lo posible durante el parto y las primeras semanas. Ahí comenzó una relación nueva entre los dos, como amigos, algunas veces como amantes. No se si debiera decirte eso, la verdad no quiero que te lo tomes a mal, pero así era. Ya está.

—Papá estaba aquí el día del accidente, ¿cierto?

—Sí, salió de aquí. Ese lunes vino y cenamos. A mi no me gustaba que Salomé lo viera mucho para que no se agarraran mucho afecto. Ella estaba fuera de la ciudad así que él vino. En la mitad de la madrugada dijo que se iba para la casa, que Elena lo iba a matar, que debía estar angustiada. Y se fue.

El silencio se alargó por varios minutos. El resto de la historia, Johan si lo conocía.

—¿Qué vas a hacer?

—Por ahora no tengo muchas opciones.

—¿No te gustaría trabajar aquí?

Johan levantó la mirada y se enfocó en el iris derecho del ojo de Omara. El iris café, de un café ahora brillante por un amago de lágrimas. No dijo nada.

—Es una buena oferta, piénsala. Tu eres arquitecto, esta es aún la empresa de tu padre y yo sería feliz de que estuvieras aquí.

—Por ahora viajaré a Venezuela. Quiero ver a mi mamá y a la Nana. Además que necesito que me firmen la autorización para desenterrar a papá.

—¿Cómo es eso de desenterrarlo?

Por la urgencia de la pregunta, Johan entendió que había sido Omara la encargada de no dejar que la tumba de Ernesto le faltara brillo y flores que la adornaran. Pidió que le llamara un taxi.

Al llegar a su casa prendió una vela y no se permitió dormir hasta que escribió, matizado con sus opiniones y un extraño dramatismo, una decena de cuartillas que tituló La historia de papá y su novia de toda la vida. Resaltó las palabras toda la vida.

17

C5A+ - RIR

Llamó a Avianca y pidió un puesto en el próximo avión para Caracas.

—El próximo vuelo con destino a la ciudad de Caracas sale mañana al mediodía.

¿Desea tomarlo, señor Victoria?

—¿Para hoy no tiene?

—No señor. El próximo vuelo con destino a la ciudad de Caracas es mañana.

¿Desea tomarlo, señor Victoria?

Johan asintió. Colgó tras dictar el número de tarjeta de crédito y caminó hacia el supermercado. Compró otro garrafón de agua y un paquete de velas. De camino se le ocurrió ir hasta una oficina cercana de Telecom y pidió que lo comunicaran con un número de celular en Venezuela.

—Hermanito, ¿dónde hago la raya?

—Hágala bien grande, Enana, que voy a visitarlas.

—¡Cómo! ¿Cuándo?

—Mañana.

—Venite primero a donde estoy yo. No te vas para donde mi mamá todavía que la matás del susto.

— ¿Cómo así? ¿Y es que usted no está viviendo con mi mamá?

—Aquí te explico. ¿Querés que te mande alguien a buscarte al aeropuerto?

—No. Mejor explíqueme que yo llego. Me voy hasta Puerto La Cruz, ¿cierto?

Johan anotó los datos tan claro como pudo: carretera a Cumaná, después de playa Colorada, lado izquierdo de la carretera en la posada Hong Kong. Fachada blanca, garaje en rejas. Preguntar.

Colgó.

Al volver a la casa una cuadrilla de trabajadores de la empresa de servicios públicos lo esperaba. Los trabajos de reconexión se extendieron a lo largo de la tarde y en la noche Johan pudo preparar café, bañarse con agua caliente y hacer una llamada telefónica.

—Constructora, buenas noches.

—Hola, es Johan.

—¿Estás bien?

—Sí. Mañana voy a Caracas. Hoy reinstalaron el teléfono.

—Eso me di cuenta por el identificador.

La respiración de Johan cruzaba la línea.

—¿Querés te lleve al aeropuerto?

—No, no hace falta. Es mucha vuelta.

—¿Puedo hacer algo por vos?

—Has hecho mucho por mí. Nos ayudaste el día del atraco. Me contaste tu historia con papá.

—Mañana te llamo temprano a ver cómo van las cosas.

Y colgaron.

Al otro día, cuando cerraba la puerta de la casa con todos los seguros, Johan sintió que adentro sonaba el teléfono. Abordó el taxi y pidió al conductor que lo llevara al aeropuerto.

Cuando llegó a Caracas el calor lo animó. Después de mucho tiempo se sentía tranquilo. No se molestó cuando en ninguna aerolínea pudo conseguir vuelo a Puerto La Cruz. Pensó en irse en bus, pensó en rentar un carro, pero los descartó rápidamente. Pasó la noche en un hotel que estaba a punto de caerse. Fue lo mejor que pudo encontrar y lo más cercano al terminal aéreo. Al otro día, cuando aún no había salido el sol, abordó el primer avión al puerto. Mientras volaban amaneció y el sol temprano lo hizo sentir más feliz que el día anterior. Los buques que observaba desde la ventana le recordaron cuando soñaba despierto y se imaginaba que era un marinero.

En tierra buscó un taxi y le leyó al conductor las referencias del lugar.

—Muchacho. Eso está más lejos que bueno pues. Te va a salir un realero.

—Igual, no tengo muchas opciones.

El lugar quedaba a bordo de carretera aunque Johan pagó como si le hubiesen vendido el taxi después de llevarlo al último rincón del mundo. En la entrada un tipo le ofreció las mejores habitaciones con vista al mar.

—Pasa no más y si no te gusta yo mismo te pongo en el puerto, compadre. Espera y te llamo a la misma dueña para que te enseñe los cuartos.

Nana tenía un vestido azul que parecía una salida de baño. La piel bronceada y el pelo corto y quemado. Un collar artesanal con la forma de un delfín y una sonrisa que se le antojó fingida al principio. Era su hermana, su siempre testaruda hermana que había perdido todos los semestres que había matriculado en universidades, la hermana práctica que siempre decía las cosas sin antes pensarlas, con el mismo genio fluctuante y las pensaderas de su padre. Se abrazaron largamente e intercambiaron besos.

—No me digás que no es el paraíso. Esperate te muestro—. Y lo llevó al restaurante de la posada, con vista a un mar azul solo interrumpido en el horizonte por pequeñas islas. —Esta es la octava maravilla, hermanito querido.

Nana siempre había estado enamorada del agua. La primera vez que de niños los llevaron a Isla Margarita gastó las tres horas en el ferri pegada a la ventana con la esperanza de ver los delfines. Nadaba casi a diario aunque nunca tuvo el nivel suficiente para competir y una vez que Ernesto los había llevado al Chocó dijo que soñaba con tener una casa al lado del mar. Eso también dijo cuando se retiró de estudiar Ingeniería Ambiental y cuando abandonó la carrera de Biología. El tiempo

en Australia había sido el mejor de su vida y hablaba de la gran barrera coralina como si la hubiese buceado ida y vuelta.

—Esto es lo tuyo, ¿cierto?

—Muy cierto. Mamá me pelea cada vez que viene. Me dice que me vaya para allá con ellas, que es mejor, que por seguridad. Aquí todavía no recibo la suficiente gente para solventar los gastos, así que mensualmente tengo menos capital y más problemas. Pero es mi lugar soñado. Me levanto en las mañanas temprano y como un ritual veo la salida del sol. Y siento con toda seguridad que a papá le gustaría y siento que él está aquí conmigo. Así que hasta que no tenga un centavo y no haya a quien acudir, no voy a renunciar a este lugar. —Hablaban mientras miraba hacia el mar, como si esa vista todavía no la conociera por completo—. Y vas a ver la comida, tengo la mejor cocinera de todo Cumaná aquí. Rosa, lucite, lucite que hoy tenemos un huésped muy importante.

Johan se instaló en un cuarto, se duchó y se sentó en el balcón. La vista le era apabullante. Lo llamaron para que pasara al comedor.

—Decime si este no es el mejor pescado que te hayas comido en tu vida, ¡ah Johan! Como cocina Rosa no vas a encontrar a nadie más. Siquiera que no me la han descubierto porque si no me lo quitan. Y esto es pescado de aquí del frente.

—¡Vos te parecés tanto a mi papá!

—¿Você fala Português? Háblame en portugués que necesito aprender pa' que cuando vengán brasileños se sientan como en casa.

Pasaron la tarde en el comedor. De media tarde comieron unas muelitas de cangrejo. Johan le contaba en español cosas de Brasil; Adriana le hacía preguntas en su básico portugués.

—Mañana viene mi mamá. Se va a morir cuando te vea aquí. Viene una vez por semana y se queda una noche. No le gusta dejar a la abuela sola que porque está muy enferma. En todo este tiempo, cada vez que mamá viene la abuela está que se muere y va uno a ver y la viejita como un roble. Eso sí, pa' echar cantaleta las dos están solas.

—¿Cómo está mamá? Realmente, ¿cómo está?

—Digamos que mejor. Nunca ha superado lo de papá. Todas sus oraciones son para él. Tampoco está muy contenta con vos y con que te hubieses ido por allá tan lejos. Y que no hayas venido en todo este tiempo y que casi nunca se te ocurra llamar. También reza todos los días por vos y te encomienda con todos los santos.

—Adriana se persignó mientras hablaba. —Venirnos a Venezuela fue lo mejor. Cuando vos te fuiste, no sabés todo el sufrimiento. Después de dejarte en el aeropuerto mi mamá casi se enloquece. No te contamos nada, pero ese día me la tuve que llevar para la clínica y que la sedaran porque de verdad me daba miedo que pasara algo grave. Estuvo callada por semanas. En la casa no prendíamos una luz. Contame, ¿como encontraste la casa?

—Bien, todo muy bien. Seguime contando y después te cuento yo.

—Y es que vos crees que es muy fácil hablar de eso ¿o qué? Vos no sabes lo que lloramos las dos en ese tiempo. Esa casa la sentíamos como infinita, escuchábamos ruidos. Vivíamos encerradas con candados por miedo a que se nos entraran los ladrones. Mamá no volvió a cocinar, ni a limpiar. Nada. No quería hacer nada. Un

día le propuse lo de venimos a Venezuela y no le gustó la idea. Se tuvo que caer la abuela y partirse una mano para que mamá sintiera que sería más útil acá. Esa fue la excusa. Igual las bregas para sacarla de Bogotá fueron infinitas. Que la casa, que cuando el niño volviera, que los recuerdos de papá, que los ladrones se iban a entrar. Y yo con ella pa' afuera. Compramos tiquetes sin regreso y nos fuimos pa'l pueblo. Yo sabía que aquí nos tocaba empezar desde el principio.

—¿Qué quieres decir con aquí? Este es otro lugar, mamá no está aquí. Es tu comienzo sola.

—Yo salía con los trabajadores del almacén a repartir mercancía. Veníamos al puerto, a Cumaná, Anaco, Ciudad Bolívar y cuanto pueblo te imaginés. Un día pasé y vi que el lugar estaba a la venta. El señor era un tipo con mucha plata al que le secuestraron un hijo y quería salir de todo para irse a vivir a Estados Unidos. Me la dejó barata y me encimó una camioneta; mejor dicho, un regalo. Cuando le conté a mamá fue otro drama, no le faltó sino pegarme. Y cuando me vine a vivir aquí me tocó dejarle unas pastillas calmantes. Apenas llevo seis meses y el turismo aquí no está fácil. Eso sí, ya tengo mis clientes y cada vez vienen con más frecuencia, y los que vienen recomendados por otros que ya habían venido. Nadie se arrepiente. Con los trabajadores también me tocó empezar desde el principio: enseñarlos a tratar muy bien a los visitantes, a ser amables, a cautivar a la gente. Como te digo, no es fácil pero yo a veces creo que ya estoy a punto de llegar a la otra orilla. Y es que el lugar ayuda mucho. Todas las habitaciones tienen el balcón hacia el mar. Hay que sacarle provecho a esta loma en la que está.

—¿Por eso es que se llama Hong Kong?

Se rieron. Se abrazaron. Empezaron a llegar algunos comensales y Adriana se fue a recibirlos.

18

A3R - AXA

Tengo un recuerdo definido de ese día: mi versión oficial. Miles de veces he reflexionado sobre lo que pasó y con el tiempo establecí una verdad única, amparada de las ambigüedades de la memoria. Es posible que falle a la realidad en algunos detalles, pero es el resultado de una historia templada durante años, la selección de lo que he querido recordar y cómo lo he querido recordar. Fue el día que papá empezó a agonizar, no me cabe duda. ¿Qué pasó cuando murió? Yo no estuve ahí para presenciarlo. Pero dos años antes, el día que emprendió su camino hasta aquel callejón del incendio, yo estaba con él.

Papá y yo habíamos estado un par de días en la casa sin mamá, después de llegar de Estados Unidos y cuando ella se fue a instalar a Nana en su turno de estudiar inglés fuera del país. Faltaba más de una semana para que volviera. Tratábamos de cocinar, caminábamos juntos, conversábamos hasta que el sueño nos permitía; lo acompañaba a la Universidad a sus diligencias y aprovechábamos los últimos días de vacaciones antes que él volviera a sus clases como profesor y yo a las mías como alumno. Era un tiempo de tregua en nuestros constantes desacuerdos.

Ese día fue sábado y estuvimos de visita en una vereda fuera de Bogotá donde papá tenía planeado hacer una salida de campo con sus estudiantes. Estuvimos en las casas de los líderes del lugar, donde nos recibieron gustosos, nos ofrecieron aguapanela y aprovecharon para preguntarle a papá, en animadas charlas, todo lo que se les ocurría; de lo humano y de lo divino. Él les explicaba que volvería con

sus alumnos para hacer algunas clases prácticas en el lugar, como pidiéndoles permiso, como vendiéndoles la idea. Almorzamos gallina donde el presidente de la Acción Comunal que cada tanto nos repetía que éramos bienvenidos, nosotros y también los alumnos, para cuando quisiéramos ir. En la televisión los comentaristas deportivos hablaban de un partido de fútbol de la selección Colombia.

Después del almuerzo nos ofrecieron mazamorra y más conversa. El clima estaba agradable en el patio de aquella casona y los perros pasaban con sus morisquetas, de invitado en invitado, a la espera del caritativo que les arrojara un hueso.

— Señor Ernesto, ¿será que si vamos a ir al mundial?

Papá respondió como si estuviera enterado de qué iba el fútbol.

— No, home Manuel. El problema no es clasificar. Ya sabemos que de clasificar somos capaces. Lo malo es que llegamos al mundial y nos despelucan.

No habíamos terminado la mazamorra cuando llegó un trabajador a avisarle a nuestro anfitrión Manuel que la vaca del parto problemático había empezado "trabajos" y que era mejor que bajara para que estuviera al corriente de la situación y, en caso de que fuera necesario, ayudarle con la cría. Para allá fuimos todos, por un camino pantanoso que bajaba al establo, charlando festivos la digestión. Llegamos justo a tiempo para ver las patas que empezaban a salir de una vaca manchada. Raza holstein, nos explicó don Manuel.

—Este ganado es una bendición pa' esta tierra don Ernesto.

Mientras observaba el parto, yo jugaba con una cadena de oro al cuello que Yuna me había regalado al momento de despedirnos en el aeropuerto, ella con destino a París donde pasaría unos días antes de seguir a Seúl, y yo a Bogotá. Fue una despedida sin lágrimas visibles donde nos obligamos a jurar que nunca más trataríamos de buscarnos. No llamadas, no correos electrónicos. Y, por absurdo que parezca, creo que hemos cumplido: por lo menos en estos años, si hemos intentado comunicarnos, no lo hemos logrado. En Brasil, cuando la soledad me quebrantaba, buscaba su nombre en internet a la espera de alguna información. Lo más cercano eran noticias de un festival de cine en Busan, que cumplía una de sus primeras versiones. Alguna vez me soñé diseñar una página donde le escribía cartas y en esa ensoñación ella las encontraba y las leía. Otras veces me martirizaba pensando que se había perdido en París, e incapaz de comunicarse con alguien se quedaba varada sin poder volver a casa. ¿Y si había muerto, tal vez en un accidente de tránsito? Muchas veces creí sentir con Yuna lo que Najdorf debió sentir al perder contacto con su familia. Pero no había punto de comparación, claro está. Ese día, parado frente a una vaca en "trabajos", maravillado con el milagro obstinado de la vida, jugaba con el nomeolvides más importante que tenía de ella.

Nos despedimos después de un tinto más cuando los trabajadores se acomodaban frente a la televisión para escuchar el himno nacional y hacer los pronósticos del marcador. *Hoy ganamos dos a cero. Qué va, hoy perdemos chicha, calabaza y miel.*

En el camino de regreso a papá se le ocurrió que deberíamos tener una finca, con vacas y sembrados donde pasáramos los fines de semana y donde Nana pudiera tener muchos animalitos ahora que se había decidido a estudiar Ingeniería Ambiental. Yo no entendí la relación entre lo uno y lo otro pero a papá le gustaba soñar cosas por el estilo. Un lugar como Villa Hortiga donde la gente vive tranquila, sin la locura de la ciudad.

La fiebre del partido se sentía a lo largo de la carretera en nuestro regreso. De amarillo estaban los restaurantes, de amarillo las casas a bordo del camino. De amarillo las personas reunidas frente a los televisores, tomándose la cabeza o dispuestos a cantar un gol en el próximo segundo. A la entrada de la ciudad, algunos vendedores rezagados esperaban vender hasta la última de las camisetas y de las banderas tricolor. Un semáforo en rojo. El sol empezaba a ceder terreno, el amarillo de esa tarde empezaba a desvanecerse. Ahora, lo rojo era dueño. Ningún carro al lado, ninguno atrás, y la voz del vendedor ambulante: *patrón, la banderita para el parabrisas*. Y metió la mano para pegar la banderita al panorámico y luego ya no era más un vendedor sino un ladrón con una pistola que apuntaba hacia papá y le gritaba hifueputas para que le desbloqueara la puerta de atrás sino se quería hacer matar. Cuando lo sentí sentarse miré hacia él y me encontré por primera vez en mi vida, cara a cara, con el cañon de una pistola. *Qué miras sapo hijueputa, burgués de mierda. Mirá adelante, no te hagas matar*. ¡Todos estábamos tan nerviosos!

—Métase por la derecha, por la derecha. Pero ya, ya.

—El semáforo está en rojo— dijo papá fingiendo despreocupación.

—Qué semáforo y que hijueputas. Se quiere hacer matar o que. Arranca ya o los mato a los dos. Valiente maricada. Esto es en serio.

El semáforo cambia a amarillo y papá arranca despacio, tratando de estudiar el lugar a dónde íbamos. Era un callejón que se estrechaba a cada metro y donde cada casa era más bajita que la anterior. Dos cuadras adelante la basura bloqueaba el estrecho camino y las casuchas con techo en hojas de lata apenas alcanzaban la altura de los hombros. El de la pistola le gritó a papá que se detuviera y sobre nosotros saltó una pandilla de jóvenes y hasta niños que en cuestión de segundos le quitaron a la camioneta todo lo que era susceptible de ser quitado. Era como si nos encontráramos en uno de esos talleres donde llevan los carros robados y le sacan los repuestos para después venderlos al menudeo. Pero con los dueños a bordo.

Nos hicieron bajar y lo mismo que había pasado con la camioneta pasó esta vez con nosotros. El de la pistola seguía apuntándole a papá mientras entre varios le esculcaban los bolsillos. Él no hacía nada más que mirar hacia mi, simplemente, como si no estuviera. Sentí en su mirada la calma y la seguridad para no empezar a gritar, para no romper en llanto y empeorar la situación. Alguien me derribó y en el piso sentí como me sacaban los zapatos, me daban un patadón en la cara y me arrancaban la cadena de oro con la letra Y. Eran niños los que me rodeaban y con la sangre más caliente y ansiosa no solo me esculcaron los bolsillos sino que me rompieron la camisa. Empecé a gritar creyendo que me matarían. Luego escuché la voz de papá que sonaba como un trueno y discutía, tal vez peleaba con el de la pistola. Si papá estaba fuera de casillas es porque la cosa era grave. Un momento

después lo sentí a mi lado separando a los niños que me pegaban. Estábamos en la mitad de un pequeño barrio y algunos habitantes observaban la escena con la pasividad de un espectador de cine.

—Llévense lo que les de la gana, pero no nos hagan daño—. No lo dijo papá, lo ordenó.

Se escuchó un disparo al aire y reinó el caos. La voz de otro atracador de más edad empezó a manejar la situación y la pistola. Este era más agresivo y con una mirada de maldad que lo podría hacer prescindir del arma de fuego. Apuntó a papá a la cabeza, le dobló la mano por la espalda como haciendo una llave de artes marciales y lo obligó a caminar. Se lo llevó por entre la maleza y la basura, donde yo no podía verlo y por unos minutos, horas, o segundos, yo me imaginé disparos, el cuerpo sin vida de papá, el caos total. Aguzaba el oído con la esperanza de que algún viento me trajera la noticia de lo que pasaba, trataba de mirar entre las matas. Todo fue inútil.

Papá volvió sin la pistola a la cabeza y las manos sueltas. Caminaba mirando el piso cuando una señora apareció y empezó a pedirles a los atracadores que nos dejaran ir. La situación tomó un aire de irrealidad. Así debe ser morir, pensé. Mirar las cosas como si no estuvieran pasando y luego irse. Irse para siempre. Eso era lo que papá trataba de decir cuando hablaba de la muerte. El último segundo. Y algo me detuvo, y vi que papá me cargaba, me llevó a la camioneta y la nariz me sangraba. No hacía caso a lo que decían los ladrones, cerró mi puerta y encuelló al que nos había llevado allí, que ya no tenía la pistola. Le gritó cerca a la cara y lo arrojó tan

lejos como sus fuerzas se lo permitieron. Los ladrones estaban paralizados de ver la reacción de papá tras mi desmayo. Por un instante, acaso un segundo, parecían regañados y arrepentidos de lo que estaban haciendo. La señora mediadora mientras tanto discutía con el nuevo de la pistola y le decía que esa noche tendrían todo el barrio plagado de policías por culpa de ellos y que lo mejor era dejarnos ir para evitar mayores problemas. Las llaves no aparecían y no había como arrancar, una llanta tenía un navajazo que le hacía perder el aire lentamente. Al final aparecieron las llaves, sin el llavero de goma con un motivo neoyorquino, y nosotros arrancamos con la urgencia propia del momento. La noche empezó a caer y la camioneta solo cumplía con la función básica de andar. No tenía luces. Las ventanas rotas. Papá paró cuando estuvimos de nuevo en la autopista, en un lugar aparentemente seguro, y revisó la llanta apuñalada. Volvió a su puesto y mientras se abrochaba el cinturón de seguridad maldijo a los ladrones.

—Culicagados malparidos—. Creo haber visto el reflejo de una lágrima cuando la luz de un carro que venía en sentido contrario le alumbró la cara. —Hay que ir al hospital a que te revisen.

Yo, con la cabeza echada hacia atrás, trataba de decirle que no.

—Ojalá que esa llanta nos aguante un ratico.

Anduvo a toda velocidad mientras el frío se nos colaba por los huecos de las ventanas. No hubo un policía que nos detuviera por no llevar luces, nadie a quien pedirle ayuda hasta que llegamos, tal vez después de unos veinte minutos, a la sede

de la constructora Victoria y Mejía. Esa noche me hicieron exámenes de todo tipo: los médicos concluyeron que no había lesión cerebral, que "solo" había sido un golpe lo que me hizo perder el sentido.

19

PXA - D3C

Era casi de noche. Entre papá y yo habíamos calentado arepas con queso e hicimos milo caliente. En realidad nos gustaba más el milo frío, pero eso significaba lavar la licuadora. Mamá había llamado esa tarde desde Australia y nos contó que la estaban pasando bien. Que el sol era maravilloso y el mar una delicia. Que estaban un poco descoordinadas con los horarios y que ya Nana estaba pronta a comenzar sus clases de Inglés.

Después de comernos las incansables arepas, papá destapó una botella de vino. Una extraña combinación, pero esa noche teníamos ganas de conversar.

—A Villa Hortiga lo único que le falta es mar y que no haga tanto frío. Hay muchos ríos donde de niños íbamos a bañarnos, con sus tíos y unos primos. Había un lugar que llamábamos la cascada, aunque era una caída de nos más de tres metros. El agua era fríisima y uno se metía como si estuviera en San Andrés. Salíamos morados y con los dientes rechinando. Para no pasar tanto tiempo dentro del agua lo que hacíamos era buscar lugares altos de donde saltar al charco. Tampoco eran saltos muy altos pero en esa época uno se sentía en un trampolín de diez metros. Montábamos en los táparos del abuelo. Unos pobres caballitos que a diario jalaban las carretas con la leche y que nosotros utilizábamos como corceles árabes para apostar carreras. Había caballos buenos, pero esos eran para subir al pueblo. La carretera que va a Villa Hortiga a fuerza de bregas permite que pase un carro y cuando llueve se hace imposible, así que lo mejor es un buen caballo. Para que a

nosotros nos llevaran al pueblo nos teníamos que manejar muy bien. O estar muy peludos. El primo Jairo era tan travieso que tuvieron que empezar a motilarlo con las tijeras de cortarle la cola a las vacas porque nunca se ganaba la ida al pueblo. Y ni siquiera con la burla de nosotros por los trasquilones se proponía hacer caso para que lo llevaran a Villa Hortiga. Creo que es el único que sigue allá en esa finca, los otros se bajaron para el pueblo, otros para San José de la Montaña, Santa Rosa de Osos, donde el clima no es tan inmisericorde y uno se siente más cerquita de la ciudad. Nosotros nos fuimos para Medellín porque el médico le dijo al abuelo que el frío lo tenía enfermo. Mi papá dijo que entonces nos fuéramos para Cartagena, pero todos se rieron. ¡A él siempre se le han ocurrido unas cosas!

"Y aunque yo pasé muchos años en Santa Rosa y luego en Medellín, los mejores recuerdos son de Villa Hortiga: de la finca y los trabajadores, los frijoles en leña todos los días por la noche, el rosario antes de dormir; mi abuelo escuchando el radio y la gente que programaba peregrinaciones a Medellín para ir a conocer los televisores. De su tío Arsecio, que lo mató una mula.

"Le teníamos miedo a que llegara la guerrilla, pero Arsecio siempre decía, *esos flojos que se van a aguantar este frío tan hifueputa*. Y mamá se le enojaba por decir esas palabras frente a nosotros los chiquitos y se reía, y se hacía que le iba a pegar en la boca. Pero los perros ladraban cada vez que uno jugaba con Arsecio. Él se pasaba todos los días pa'riba y pa'bajo con esos perros, entonces cuando uno se le acercaba los perros salían a defenderlo. Mi mamá le decía que por eso había pulgas en la casa.

"Teníamos solo dos pares de zapatos, los domingueros y los de semana. Los primos vivían todos en casas cercanas y el abuelo en la casa que daba al camino. Íbamos a la escuela veredal, pero a mí solo me tocó un año. Su abuelo decía que era mejor

que allá no estudiara, que me iba a mandar a Santa Rosa a la escuela de Porfirio Barba Jacob. Bueno, a la que lleva el nombre de Barba Jacob. Y entonces me puso a aprenderme las poesías que para que me aceptaran. Mi 'apá era un bicho raro allá en esa vereda, el único que había podido estudiar en la universidad y justo había escogido Filosofía. La gente del pueblo a veces le preguntaba que qué era eso.

"Y llegó el día de bajarnos para Medellín. El coroteo se hizo a mula hasta Villa Hortiga y de allá se contrataron dos camioncitos para que nos bajarán a Medellín. Casi doce horas de camino y yo con esas ganas de llegar. Mi papá renegando, que esa ciudad qué pereza, que el de estudiante la había pasado muy aburrido, que dejar a Arsecio solo en la finca. Solo con ese montón de perros. Y con Belarmina, ¡esa era la única cosa buena!, hambre no iba a aguantar. Y saber que después mi papá no quiso salir más de Medellín. Y que después del accidente de Arsecio hasta Belarmina iba a terminar en la finquita que queda cerca de La Pintada.

Nos tomamos dos botellas de vino esa noche y como a las diez me mandó a dormir.

—Hágale pues que mañana tenemos que madrugar.

—¿A cuánto queda la vereda?

—A unas tres horas. Si nos rinde estamos de vuelta antes que anochezca.

20

T1D - T2T

Desde un zaguán interior se veía la curva de la carretera que venía desde el puerto y el aparcamiento de la posada hotelera. Se apostó media hora antes esperando la llegada, dejando correr su imaginación por las más diversas variantes y temas. El lugar lo hacía sentirse feliz. Sus reflexiones pasaron por un amplio espectro de temas hasta que la vio llegar. Un nudo se le instaló en la boca del estómago al verla bajar del carro, sin la agilidad de antes, sin esa sonrisa que la había caracterizado. Se bajó al comedor a esperarla, mirando un mar que no parecía agotarse en detalles.

Le pidió a Rosa un tinto y esperó mientras sentía pasos en las escalas. Qué mar este, qué mar, se dijo. Las voces empezaron a ser más claras. Casi cinco años sin verla, soy de lo peor. Sentía ganas de pararse y correr y abrazarla y sentía el embargo y la autorecriminación por su falta de consideración. No sabía cómo iba a recibirlo, pero si lo agarraba a golpes la entendería. Las voces ya estaban tras sus hombros y la hermana le decía a la mamá que iba a presentarle a alguien muy interesante pero Elena ya se había arrojado a la espalda de Johan y empezó a gritar y a llorar como si se tratara de una noticia triste. Mi hijo, mi hijo, y lo estrujó y lo besó y Johan sentía el aliento de su madre en el cuello. Mi hijo, mi hijo.

Fue una situación difícil para él, pero muy feliz. Tuvieron que pedirle un té a Elena para que se calmara:

—Cinco años, Johan. Cinco años. Sos un hijo de puta— y otra vez lo abrazó y lo besó.

Las horas se fueron rápido y Johan temía no tener un tiempo a solas con Elena, ni siquiera para hablar o para estar a su lado y mirar el mar. A la hora de la cena, Adriana se fue a atender a los comensales y ellos se subieron a la habitación y se sentaron en el balcón. Sin decir nada por mucho tiempo en un silencio tranquilo, acaso interrumpido por unas olas que chocaban contra el muelle o una palabra perdida que subía desde el comedor. Tuvieron un diálogo discontinuo, a frases sueltas y espaciadas.

—¿Tú sabes que a tú papá lo asesinaron?

—No, no lo sabía. Pero me lo imaginaba.

—A Adriana no le gusta que yo hable del tema.

—Ella quiere borrarlo todo, así hace su duelo.

—Los investigadores me dijeron que era seguro. Que el incendio fue provocado aunque no tienen muchas pistas de quién pudo hacerlo. Y Ernesto no era de enemigos mortales como para tener a quien culpar.

—¿Por eso se vinieron de Bogotá?

—Por eso y por mucho más. Esa casa tan grande, ese recuerdo tan inmenso y más grande aún la ausencia de ustedes dos. Todo pasó tan rápido.

—Yo me fui por que no era capaz de resistirlo. Me fui porque a su vez yo también me quería morir.

—¿Y te moriste?

—No y sí. Me acostumbre a vivir como si no existiera. Sin pasado, sin futuro. En un presente irreal, trabajando de sol a sol, sin hablar con nadie, sin salir con nadie. Eso es morirse.

—Tus exnovias llamaban a la casa a preguntarte. Un día Nana empezó a decirles que te habías casado, que no volvieran a llamar.

—Parece que estuviéramos hablando de otras vidas, ¿cierto?

—Cierto.

Más noche, más mar. Más silencio.

—Nunca los van a encontrar.

—¿A quienes?

—A los que lo mataron.

—Ah. Sí. Nunca los van a encontrar.

—En Colombia es peor que aquí.

—Aquí o allá, de qué sirve que los encuentren.

—Eso mismo dice la Nana.

—Nada lo va a resucitar.

—¿Te vas a quedar?

—Lo quiero desenterrar. Y llevarlo para Villa Hortiga.

—Complicada la vaina.

21

T6D - D1D

—Vos estás loco o qué. Cómo se te ocurre semejante barbaridad. Yo no pienso firmar.

—La firma importante es la de mi mamá.

—Décime para qué volviste. ¿Para esta barbaridad? Aquí no hay que desenterrar, al contrario hay que enterrar, dejarlo atrás, olvidar. Papá no está, nunca más estará. Estuvo, sí, pero ya no está. Nosotros no nos murimos con él.

—No nos morimos.

—Como se diga, coño. Estamos vivos, muy vivos. Yo me levanto cada mañana sintiendo su presencia aquí pero no me hago vueltas la cabeza pensando si lo mataron o se murió. El mismo hueco, el mismo muerto, el mismo ataúd. Esta vivo conmigo, con cada uno de nosotros, pero no más.

—Para todos está vivo de la misma forma y muerto de la misma forma. No es algo espiritual, es algo real. Su cuerpo, lo que de él queda, lo que de él dejó el incendio me lo llevo para Villa Hortiga.

Adriana enfocó su mirada en la mitad de los ojos de Johan tratando de reconocer alguna señal de que era una broma.

—¿Vos no sabes que Villa Hortiga no existe?

—Cómo no existe

—No, no existe. Existió solo en la imaginación de papá. Fue su mundo perfecto para nosotros, un cuento para dormirnos. ¿Alguna vez escuchaste a alguien diferente a papá hablar de Villa Hortiga? Nadie, nadie la conoce más que él.

22

D3C - D2A

—Háblame de papá.

—¿Qué te puedo decir que ya no sepas?

—No sé. Por el contrario siento que no sé nada de él. Que me quedé con ese pedazo de su vida que él quiso mostrarme y que nunca fui más allá. Un padre enojadizo, desvivido por su enseñanza, callado. Era un amigo, sí, pero ¿qué más era?

—No dejes que te entre la pensadera. Eso por ejemplo era muy de tu padre. Te acuerdas que se quedaba mirando hacia algún lugar que estaba más allá de lo físico, de lo tangible, y no decía una palabra y no escuchaba y no hacía nada. Se iba. No me lo quiero imaginar sentado en este balcón, mirando el mar, que desde aquí a mí se me parece eterno. Aquí sí que nunca lo hubiésemos sacado de sus pensaderas. Yo a veces me quedo sentada aquí y me acuerdo de él y creo que ahora lo entiendo mejor. Ernesto fue como un superhéroe para todos nosotros y si no fuera porque yo me he sentado mucho a mirar este mar, seguiría sintiéndolo como un ser excepcional. Yo lo quiero recordar como un hombre cualquiera, pero cualquiera en el sentido de sencillo, maravilloso para mí, pero un hombre más como muchos otros.

—¿Y él te amó?

—No me cabe la menor duda.

—¿Siempre?

—Yo creo que sí. Y si no me amó lo fingió muy bien.

—Cuéntame cómo lo conociste.

—Esa historia tú ya la conoces.

—Quiero escucharla nuevamente.

Mientras Elena recordó la noche en que recibió a Ernesto en la sala de Urgencias, desesperado por el dolor de unos cálculos renales y sin acompañante alguno, Johan pensaba en la historia alterna de Omara, el teléfono sonando en su apartamento y ella sin estar para contestarlo y hacerse cargo de Ernesto.

—Es curioso, mamá—dijo Johan. —Los dos hombres más cercanos a tu vida los conociste en la misma sala de Urgencias.

—Sí, yo también lo he pensado así. Y de los dos me enamoré de inmediato. Te vieras cuando llegaste a esa sala, la mandíbula inferior rígida, el cuerpito morado del frío. Ni siquiera llorabas.

Y también pensó en la otra cara de la moneda. Su suerte se labró gracias a Elena, se ahorró una larga espera en un orfanato de una familia adoptiva mientras que esa suerte a su vez fue el tiro de gracia de la historia de Ernesto y Omara. Así sucedió, él no podía cambiarlo, y se sentía feliz de que su madre fuera Elena y nadie más. Y que Nana fuera Nana y Ernesto su padre. En ese momento pensó en lo feliz que había sido su infancia con esa su familia.

—Ahora, yo quiero saber que piensas hacer.

—Yo también quiero saberlo, mamá.

—Algo tienes que tener planeado. Volver al Brasil, quedarte en Bogotá, no sé, estar aquí con nosotras. La Nana quiere comprar el terreno vecino y construir más habitaciones. Tú aquí tienes un lugar.

—A lo mejor. A lo mejor que sí, mamá. Pero no es tan fácil, un lugar no se encuentra tan fácil.

—Si lo escuchara de Adriana lo entendería, pero de vos.

—De mi qué, mamá. Ya no voy por el mundo con la tranquilidad de llevar la verdad en las manos. Esa tranquilidad ya no está.

—Papá se llevó todo.

—Todo. Porque nunca pensamos que él podía morir.

—Y él que siempre lo pensaba.

—Sí, tanto que pensaba papá en la muerte y no nos sirvió de nada.

23

AXPA+ - R1D

Podría hablar eternidades sobre papá. De hecho, creo que por primera vez, con este puñado de hojas, he ido bastante adelante en mi objetivo de contar su historia. Pero, porqué escogí estos parajes, estos capítulos aleatorios para hablarles de él. Porqué mi miedo a contar que papá se levantaba en la mañana, que tenía lagañas, mal aliento y que parecía enojado. Yo tampoco lo entiendo, pero creo que parto de mi intención de recordarlo como un héroe. Y, ¿qué son esas personas que amamos si no eso? Al revisar lo que he escrito, sin embargo, encuentro que todos son parajes de transición, momentos de cambio que apenas representan una pequeña parte de nuestras vidas. No conté una tarde como cualquiera otra con papá revisando trabajos de la Universidad sin pronunciar una palabra, sin tomarse acaso un café. No hablé de sus silencios, que a la larga son lo más importante que tuvo su vida. Es triste que nuestras vidas vayan condicionadas por los pocos momentos donde hubo un cambio y no por las largas faenas para llegar a esos cambios.

Muchas cosas tampoco las conocí. No supe nunca, y ya no sabré, qué pasó en el momento del atraco cuando los asaltantes se lo llevaron y yo no lo podía ver, ni escuchar lo que hablaron, si es que hablaron. Y aunque se lo debí preguntar, creo que alguna vez me respondió diciéndome que bobadas, eso es lo que quieren, bobadas.

Ese lunes no había pasado en la casa, tampoco yo. Desde la llegada de Estados Unidos me limitaba a llamar a mamá y a decirle que no iba a llegar, que no se preocupara, que iba a estar bien. La noche la pasé con una amiga, una noche inútil, innecesaria que fue interrumpida por la llamada de Adriana: papá estaba muerto, se había chamuscado mientras yo dormía en una cama ajena, con un cuerpo ajeno al lado, lo que hizo que mi sentimiento de culpa acrecentara. Debí ser extraño para ella, casi una desconocida, despertarse desnuda en su cama con un tipo al lado que gritaba y maldecía para luego derrumbarse en llanto, incapaz de vestirse, de hacer algo, tropezando contra todo y salir sin acaso despedirse. Debí tomar mi carro como un loco, llegar al lugar dando trompicones. Debí haberme muerto en ese mismo momento, porque nunca más después de ese día he sentido que vale la pena vivir. Tal vez sea existencialista, pero quedar huérfano dos veces es morirse más de una vez.

24

A6R

Regresó a una Bogotá triste. Fría. Desde el avión la ciudad se veía inmóvil, desolada, diferente a la que había encontrado un par de semanas atrás cuando había llegado de Brasil. Y esa sensación de soledad se acrecentó al verse frente a la ventanilla de Inmigración, un sello más, su maleta caída al lado de la banda de los equipajes. No fue abordado por taxistas a la salida del terminal ni por las decenas de vendedores que ofrecen todo tipo de servicios.

El taxi que encontró, casi el único que había visto, era conducido por un hombre que parecía envuelto en una conversación de murmullos con el volante. En el radio, el locutor de siempre hablaba de la tragedia, los muertos, la indignación. Una vez más como todas. Llegó a su casa. Saludó a la puerta del estudio con la trivialidad con que le hubiera gustado saludar a su padre.

Se sorprendió de que el contestador todavía funcionara, se sorprendió de la cantidad de llamadas que había recibido de Omara, de los cortos mensajes donde decía que necesitaba hablarle, donde le preguntaba cosas como si cada noche Johan pudiera escuchar lo que ella decía desde donde se encontrara. Le ofrecía trabajo en la constructora, le pedía consejo.

—Tanto que pensaba papá en la muerte y no nos sirvió de nada— le dijo a la pequeña luz roja del contestador.

Tras un baño y una taza de café se sentó a escribir durante toda la tarde: no se interrumpió ni para almorzar y apenas en la noche se bebió un vaso de yogurt, que era casi lo único comestible en la nevera.

Muy tarde en la noche, cuando trataba de dormir, sonó el teléfono. Era Omara, con su voz sorprendida al escuchar una respuesta.

—¿Cuándo volviste?

—Hoy en la mañana. Llegué antes del mediodía.

—¿Qué tal el viaje?

—Fino. Bastante fino como dirían allá.

Medió un silencio.

—¿Aún sigues pensando en desenterrar a tu papá?

—Fino. Muy fino, diría yo— respondió Johan con la intención de esquivar la pregunta.

—Yo quiero estar ahí si lo llegas a exhumar.

Johan no lo había pensado desde esa palabra: exhumar. De hecho, sintió que no lo había pensado en ningún momento en palabras, que solo se había imaginado parado al lado de la tumba, sin mucha compañía, mientras los sepultureros retiran la tierra y levantan un ataúd podrido. Exhumar era la palabra correcta pero desprovista de deseos, de valor simbólico. Una palabra tan técnica que parecía querer esconder el dolor de los deudos. Exhumar, con su combinación equis hache, se le hizo extraña.

El día acordado llegó al cementerio en un carro de alquiler. Se estacionó frente al área administrativa y caminó con el encargado y dos sepultureros hasta la tumba de Ernesto. No llovía, pero él sentía que el frío le calaba en los huesos. Apenas comenzó el trabajo llegó Omara, envuelta en un vestido negro que resaltaba la palidez de su piel y con unos cartuchos blancos en la mano que la hacían parecer una fotografía a blanco y negro. Se paró frente a Johan y se disculpó.

Resignación

Te escribo desde un hotel en la mitad de nada. Un hotel de miedo. Es un lugar extraño, ubicado en no sé dónde. Llevamos dos días de viaje a través de la montaña, por los caminos más olvidados que te puedas imaginar: pareciera que en algún momento, sin que nos hubiésemos enterado, cruzamos la frontera de la realidad. En cinco ocasiones nos hemos encontrado con muchachos armados, uniformados algunos, sucios todos, que nos miran con suspicacia cada vez que revisan el carro.

Vengo con don Antonio, un señor que encontré en el pueblo donde estudió papá. Le pregunté a todos los conductores para venir a Villa Hortiga, pero solo él aceptó. Alguien trató de advertirme que estaba loco y que no era buena idea tomar el viaje con él, pero a falta de más, no tuve otra opción. Yo tampoco es que tenga muy bien puesta la cabeza.

Lo más difícil del viaje ha sido el encuentro con los guerrilleros, aunque don Antonio a veces dice que no son guerrilleros sino pájaros o que podrían ser soldados disfrazados. Cuando nos piden los documentos, don Antonio saca el carnet de

vacunas: no tiene cédula, no tiene licencia, no tiene nada más que un viejo carnet de vacunas. Y aún así, nos dejan pasar.

Es un hombre callado, pero cuando habla trata de darle un valor de muy importante a sus palabras; trata de hilar axiomas, uno tras otro, como un coleccionista de máximas. De vez en cuando me explica pormenores del camino, de la ruta, de los lugares donde alguna vez ocurrió una masacre "de talla familiar", aunque debo decirte que trata de no hablar de la muerte. Pareciera que le tiene un respeto que podría quebrarse con solo nombrarla. No pregunta nada, no califica nada. Según él, mañana vamos a estar en Villa Hortiga, así nos detengan los guerrilleros. A don Antonio le gusta hablar de los guerrilleros aunque cuando nos detienen, tiembla.

He pensado mucho en la vida de papá durante el viaje; por momentos se me ocurre preguntarme como quería alguien volver a esta lejanía, donde la pobreza campea, donde todo parece una película realista, con vacas pastando sobre potreros amarillos. A los lugares donde llegamos la poca gente se reúne a mirarnos como si viniéramos de otro planeta.

También he pensado que solo en un lugar como este, alejado, podría mantenerse intacto el sueño de papá; solo aquí no se podría corromper con el exterior el ideal de la vida básica. No tengas miedo; don Antonio me explicó que estos guerrilleros están tan anquilosados que ya ninguno recuerda por qué está peleando. Y por eso ya no pelean. Solo que se quedaron suspendidos en ese estado y no se han querido quitar la escopeta del hombro; él dice que ni siquiera sus armas funcionan. Y cuando se

encuentran, si se logran reconocer como enemigos, se miran con recelo y nada más: no hay enfrentamientos hace años, las masacres no ocurren hace más tiempo.

El desentierro de papá, mejor, la exhumación, no tuvo sobresaltos. Los papeles estaban en regla y el administrador dio su visto bueno para el procedimiento. Dos sepultureros se encargaron de abrir el hueco y encontrar el ataúd, que por alguna extraña razón no se había partido en ninguna de sus tablas. Estuvo Omara, una amiga de papá que no sé cómo se enteró de la fecha en qué iba a llevarse a cabo el desentierro, y dos funcionarios que debían actuar como testigos. Nos tocó ponernos tapabocas y los sepultureros nos preguntaron que si éramos personas impresionables, o sea, que si fácilmente nos quedábamos impresionados. No sé qué respondimos, solo me recuerdo pensando en el contraste del día del entierro, con tanta gente llorando, con muchas sombrillas negras; y ahora unos cuantos, ahí, para desenterrarlo. Obviamente, no es culpa del olvido: nadie sabía que papá se iba a mudar de cementerio.

Mientras desenterraban a papá llegó el entierro de varias víctimas de la bomba de estos días.

Fue un momento difícil, déjame decirte. Estuve tranquilo de que mamá no estuviera allí. Apenas encontraron el ataúd lo ataron y entre los dos sepultureros, con tres movimientos impecables, lo sacaron del hueco. Pensé en no mirar el esqueleto, pero si iba a viajar con él, mejor acostumbrarme pronto. Parte de las ropas estaban adheridas a los huesos en una amalgama irreversible; de sus carnes ya no quedaba nada, todo estaba consumado. Dijeron los sepultureros que era extraño, pero en

realidad no sé a qué se referían: para mí nada era real de ese momento. El único hueso roto era de la mano izquierda; dijo uno de ellos que a lo mejor papá se lo rompió de joven. Es curioso, pero miraban el cuerpo con la pasión de alguien que mira un carro último modelo exhibido en una vitrina. Los testigos resultaron ser funcionarios de la Fiscalía y realizaron un peritaje completo del cuerpo. Tomaron muchas fotografías, sobre todo en la parte de la cabeza, en lo que fue el oído izquierdo de papá. En esa parte empezó papá a quemarse y ellos explicaron cómo el cráneo estaba deformado en esa zona. Son unos tipos listos, voluntad no les faltaba. Quedaron maravillados con el cadáver, dijeron de papá que había sido muy sano en vida, que se tomó toda su leche y que poco debió fumar. Yo no sé cómo hacen para llegar a esas conclusiones, pero fue lo que dijeron.

Como si se tratara de un jarrón roto que va a repararse, los sepultureros retiraron uno a uno los huesos y los pusieron en un ataúd más pequeño. Por último fue el cráneo. Omara no derramó una sola lágrima. Está frío aquí en este hotel y la noche trae sonidos extraños. Don Antonio y yo somos los únicos huéspedes.

Omara también dice que Villa Hortiga no existe y que ella nunca había escuchado ese nombre. Pero yo estoy aquí, esperando a que la noche se desvanezca para encontrarla. No podría ser un lugar irreal después de que papá hablara con tanto detalle que yo pude aprender cuáles son los nombres de sus calles, sus características, los nombres de los restaurantes; la historia de Villa Hortiga está toda en mí porque papá se procuró que yo la aprendiera. No en vano pude llegar hasta aquí, gracias a las referencias geográficas, aunque ambiguas, que papá nos dio. Soy el buscador de

un tesoro cuyo mapa está en mi memoria. Cuando entre con el cadáver de papá por la Calle Real saludaré el pueblo como a un viejo amigo.

Querida hermana, también te escribiré una carta desde allá contándote los pormenores del lugar. Mi plan, el plan que tanto mamá me preguntaba es quedarme acá, tratar de vivir lo mejor que pueda. No se preocupen por mí. Tengo dinero. En este momento debemos preocuparnos por mamá. A pesar de venirme hasta aquí, ahora vamos a estar más cerca. Trataré de visitarlas más seguido y las llamaré tanto como pueda. Yo estoy bien, mejor que nunca. Papá les envía sus saludos.